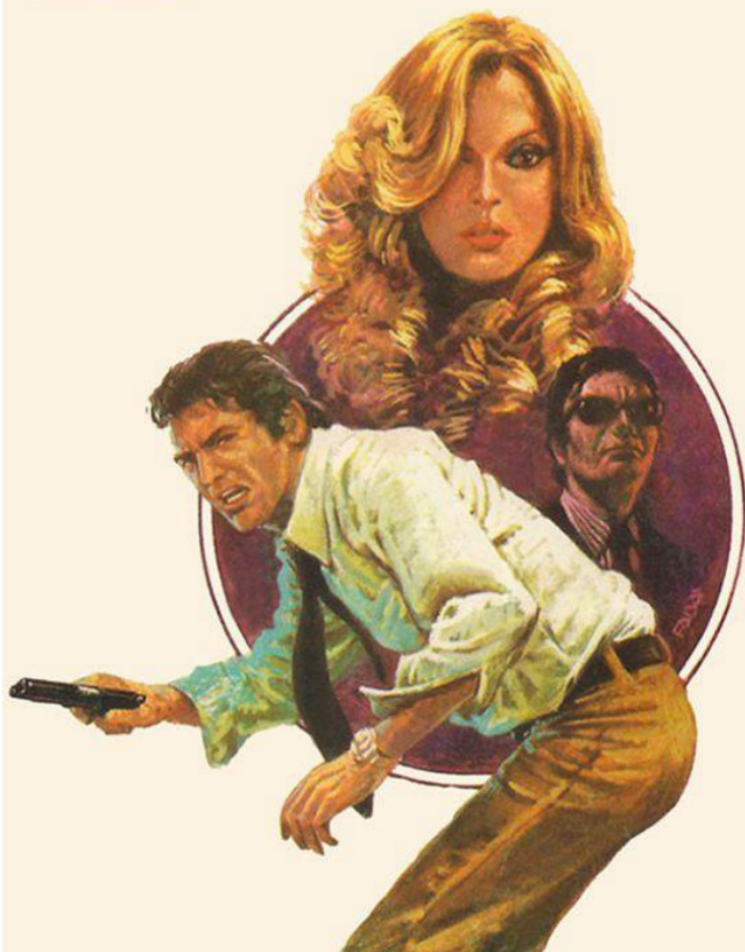




LA RUBIA ESTA SERVIDA

Burton Hare





PUNTO ROJO



BURTON HARE

**LA RUBIA
ESTA SERVIDA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 896
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 14.968 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1979

© Burton Haré - 1979

texto

© Salvador Fabá - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.506. — Una muñeca de sangre caliente.

En Colección PUNTO ROJO:

889. — Los violadores.

En Colección LA HUELLA:

130. — El funeral de las ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

Les vi llegar desde la barra del bar donde nos habíamos citado. Clive Malloy apareció al volante de un gigantesco Cadillac color tabaco, con tantos cromados como un escaparate.

Paul Welcome lo hizo conduciendo un *Ford Galaxie* que era el último modelo salido de Detroit.

Yo había llegado en autobús y mi desvencijada maleta reposaba en el suelo, junto al taburete.

Los dos se saludaron allá fuera, bajo el sol. Hablaron un momento y luego se dirigieron al bar.

Quedaron un instante parados, mirándome, como preguntándose la mejor manera de aproximarse a mí sin humillarme. Fue Clive quien primero me tendió la mano y dijo:

—Hola, Grant.

Así, como si nos hubiésemos visto el día antes.

Paul fue un poco más circunspecto. Dijo:

—Tienes buen aspecto, muchacho.

Su apretón de manos fue firme y cálido.

Teniendo en cuenta que hacía casi seis años que no nos veíamos, la cosa no podía ser más simple.

—Gracias por estar aquí —dije para no ser menos—. No creo que mucha gente de aquel tiempo hubiera acudido si les hubiera llamado.

—Tonterías —protestó Clive—. ¿Por qué no pedimos algo de beber y vamos a sentarnos a una mesa?

Lo hicimos así. Yo notaba sus miradas fijas, como queriendo descubrir las cicatrices que el tiempo y el penal habían dejado en mí. Sólo que las más profundas no estaban a la vista.

Así que nos acomodamos a una mesa, bebimos, encendimos cigarrillos y al fin Clive se lanzó:

—Bueno, cuéntanos, ¿cómo te fue, qué planes tienes?

—San Quintín es un infierno y eso puede responder a tu pregunta —dije—. Si un hombre entra allí blando, o revienta o sale convertido en un pedazo de pedernal. Y en cuanto a tu segunda pregunta, maldito si sé lo que voy a hacer en adelante.

Paul comentó con una leve ironía:

—Tú no reventaste, Grant.

—No.

También eso era una respuesta que podía sentar algunas bases de cara al futuro.

—Voy a darte trabajo —exclamó Clive sin andarse por las ramas—. Y no creas que es por hacerte un favor. Necesito a alguien en quien poder confiar ciegamente, y que me ahorquen si conozco a alguien mejor que tú para eso.

—¿Para qué?

—Para confiar.

—No te comprendo muy bien...

Paul rió entre dientes.

—No le des vueltas. Si Clive dice que te dará trabajo, acéptalo. No le desnivelarás el presupuesto. Es un podrido ricachón de esta podrida sociedad de consumo.

—Ya veo.

Clive le hizo coro en su risa. Luego pidió:

—Háblanos de ti, Grant, maldita sea. Han pasado casi seis años.

—Prefiero olvidar cuanto antes lo que podría contar.

Paul esbozó un gesto como quien espanta una mosca.

—Vamos, vamos, no dramatices —dijo—. Has vuelto con un aspecto magnífico. Un poco pálido quizá, pero por lo demás no has cambiado mucho. No debe ser tan malo como quieres hacernos creer.

Me eché atrás en el asiento. ¿Qué sabían ellos?

—¿Malo? No, Paul, no es tan malo; es mucho peor. Cuando a uno le condenan no le arrebatan sólo la libertad. Le condenan a la angustia, a la impotencia, al negro pozo del miedo. Le condenan a la frustración sexual; cuando uno entra en San Quintín, le condenan a la muerte lenta, una muerte que dura todo el tiempo que se pasa entre sus muros, detrás de sus rejas. Le condenan a la muerte del amor. Matan la imagen de la amistad. Asesinan la imagen de la mujer y con el tiempo uno se acostúa con el recuerdo de la libertad

y el sexo royéndole el alma y el corazón, y se revuelca con los piojos, y duda entre aceptar las proposiciones de los maricas o romperles los dientes... No, Paul, no es tan malo después de todo...

Cambiaron una mirada sobresaltada. Clive gruñó:

—Disculpa, Grant. Cuanto antes lo olvides antes volverás a vivir. ¿Qué te parece si hablamos de tu trabajo?

—No tengo ninguna especialidad, tú lo sabes.

—Ya aprenderás. Todo lo que necesito de ti es poder confiar.

—¿Qué clase de negocio tienes?

Paul soltó un taco.

—Habla en plural, muchacho: «Negocios». Ya te dije, un podrido ricachón.

—¿Y tú, ya que hablamos de eso? —le espeté—. ¿Cómo te han ido las cosas?

—No me quejo. Tengo una discoteca y un club. Nada para hacerse millonario, claro, pero dan para vivir como a mí me gusta.

—Ya veo. El único idiota de los tres fui yo.

Sonrieron. Clive se encogió de hombros.

—Siempre fuiste un idealista. ¿Recuerdas que te advertí una vez? Jugarse la cabeza por una miseria no valía la pena. Y menos por esa gente.

—No hablemos tampoco de eso —dije con mal humor—. ¿Te das cuenta? Me he vuelto así de susceptible. Hay infinidad de temas de los que no quiero hablar...

—Es lógico. Acabas de salir, necesitas adaptarte de nuevo a este mundo loco. Tómame tiempo y cambiarás, yo me encargaré de eso. Para empezar, esta noche cenaremos juntos. Podremos hablar, cambiar impresiones y te diré algo sobre el trabajo. ¡Maldita sea! Estoy preocupado con eso. Hay algún hijo de... Bueno, eso también puede esperar. ¿Dónde piensas alojarte?

—Pedí una habitación por teléfono, en el *Templeton*.

Paul saltó:

—¡Eso es una pocilga!

—¿Sabes de otro hotel más barato?

Me miró, turbado. Clive dio un respingo.

—¡Hombre, no seas idiota! Te adelantaré algún dinero y podrás...

—No.

—¿Por qué, maldita sea? Vas a trabajar para mí, será sólo un adelanto.

—Olvídalo. Ya me arreglaré.

Protestó, pero me mantuve en mis trece. No quería más favores que los imprescindibles para sobrevivir.

Seguimos hablando de esto y aquello. Paul contó algunas anécdotas de sus negocios y nos reímos juntos, como en los viejos tiempos. Luego, Clive dio un vistazo al reloj y se levantó de un brinco.

—Te recogeré en el hotel, a las siete —dijo precipitadamente—. Hasta entonces, no te emborraches.

Y se fue zumbando.

Paul sacudió la cabeza.

—Ha subido como la espuma, pero no le envidio la clase de vida que lleva —comentó—. Acabará reventando con un infarto el día menos pensado.

—¿Tanto trabaja?

—Bueno, es un trabajo de nervios, de tensión. Tiene financieras, inversiones en el cine, en compañías petroleras y de transporte... yo qué sé. No para. Y hace algún tiempo que anda muy nervioso. Nunca me ha hablado de ello, pero algo debe andar mal en su imperio financiero.

—Por eso necesita a alguien de confianza... aunque si cree que puede confiar en mi va listo. Jamás entendí una maldita cosa de finanzas. Odio las matemáticas.

Se echó a reír. Bebimos un par de tragos más y él se ofreció a llevarme al hotel en su coche.

Yo quería caminar y se lo dije. Había pasado cinco años midiendo la celda, contando cada paso, en una y otra dirección, haciéndome la idea de que daba largos paseos.

Desde luego, yo quería caminar. De modo que cargué con la maleta y me dirigí al hotel.

No era exactamente una pocilga, pero tampoco le faltaba mucho para serlo...

CAPÍTULO II

Acababa de salir de la ducha y estaba secándome cuando llamaron a la puerta. Hasta las siete no esperaba a nadie, de modo que pensé que era algún empelado del hotel. Me puse la toalla en torno a la cintura y abrí.

Por poco no pegué un salto atrás.

La rubia se quedó mirándome de arriba abajo. Se tomó tiempo para ello. Empezó por la cara, sonrió y luego bajó la mirada con calma, siguiendo cada recoveco de los músculos, las cicatrices, la toalla, y pensé que incluso podía ver lo que ésta ocultaba, tan agudos eran sus ojos.

—¿Bueno? —dije, asombrado.

—Tú eres Grant Bannister, ¿eh?

—Sí.

Entró y el contoneo de su cuerpo alegró por unos instantes mi sombrío estado de ánimo.

Cerré la puerta y entonces fui yo quien se quedó mirándola con detalle. Era alta, con un cuerpo cimbreante en el que destacaban unos pechos agudos y una cintura delgada, que daba ampulosidad a sus anchas caderas. Sus piernas largas eran todo un espectáculo por sí mismas.

No se impresionó.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó tan sólo.

—Mucho.

—Así, tal como estás vestido, no pareces un caballero precisamente.

—No soy un caballero, de cualquier modo que me vista. ¿Cuál es el rollo, vas incluida en la cuenta del hotel o qué?

—Eso te gustaría.

—Ya puedes jurarlo. Hace seis años que no toco a una mujer.

Enarcó las cejas y vi el chispazo que cruzó por sus ojos dorados.

—No hablas en serio.

—Si quieres puedo jurarlo sobre siete biblias.

Pensó sobre eso. Casi pude ver sus pensamientos como proyectados en una pantalla.

—Claro —runruneó al fin—. Acabas de salir de la cárcel.

—¿Cómo lo sabes? No creo que lo hayan publicado en las notas de sociedad.

Se echó a reír. Arrojó el bolso sobre una silla y fue a sentarse en el borde de la cama.

Suspiró y dijo:

—Es Una lástima, pero tienes que vestirte. Alguien quiere verte, querido.

—¿Quién?

—Ya le conocerás.

—Será en otra ocasión. Hoy tengo otros planes.

Sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Tienes que acompañarme, Grant.

—Olvidalo. Sólo dime una cosa. ¿Cómo me has encontrado, cómo sabías que había salido de San Quintín precisamente hoy?

—Yo no sabía nada de nada. Él es quien lo sabe todo, ya te explicará cuando le veas.

—Estamos en las mismas. ¿Quién es «él»?

—Un hombre importante.

—Yo soy el hombre más importante para mí, así que no me aclaras nada.

Cruzó las piernas descuidadamente. O quizá no tan descuidadamente si uno se detiene a pensarlo. Hizo una soberbia exhibición de muslos, tan completa que pude ver incluso la mancha negra de su braga.

Sonrió.

—¿Qué te pasa? —Su voz era un arrullo—. Te has puesto pálido... y ahora enrojeces...

Tragué aire y desvié la mirada. Sentía un duro nudo en la garganta.

—No juegues a ese juego conmigo, nena. No tengo sentido del humor.

Me fui a la mesita y encendí un cigarrillo. Detrás de mí ella volvió a reír entre dientes.

—Es divertido provocar a un tipo lleno de músculos como tú — contestó—. ¿Vas a acompañarme o no?

—No.

—El se enfadará.

—Si alguien quiere verme ya sabe dónde encontrarme. Y hablando de eso, debe haberse tomado muchas molestias para saber eso...

—No me preguntes. Yo sólo hago lo que me mandan, es lo más sano del mundo.

—Si eso es todo lo que tenías que decirme, mejor es que te largues. Dile a quien sea que si quiere verme, aquí me encontrará.

—Yo no puedo decirle eso. No seas cabezota, quiere proponerte un trabajo.

—¡Qué te parece! Todo el mundo quiere dar trabajo al bueno de Grant. ¿Qué pasa, es el día de la fraternidad universal o qué?

—Eres un tonto, querido. Dame un cigarrillo...

Le acerqué uno y luego le ofrecí lumbre. Exhaló una nube de humo hacía mi cara, y ahora que estaba tan cerca de ella pude aspirar el extraño aroma que se desprendía de su cuerpo. No supe si era el perfume, producto de un buen laboratorio o la fragancia de su piel tostada por el sol.

Fuera lo que fuere acabó de excitarme. Mis nervios estaban tensos como cables. Bueno, no sólo mis nervios. Además, dentro de mi empezaban a despertar todos los demonios arrinconados durante tantos años de frustración.

Ella dio unas chupadas más al cigarrillo, mirándome con descaro.

Suspiró.

—He de irme —dijo en un murmullo—. Sólo déjame decirle que cometes un error.

—He cometido muchos en mi vida.

—Bien, allá tú...

Pero siguió sentada allí, fumando, mirándome, riéndose de mí desde el fondo de sus encendidas pupilas.

Al fin sacudió la cabeza, como asombrada de que un hombre pudiera ser tan idiota. Arrojó el cigarrillo al suelo y runroneó:

—Adiós, Grant. Eres...

—No.

—¿Qué?

—Vas a quedarte un rato más.

—¿Para qué?

—Para recoger la tempestad de los vientos que has sembrado, nena.

Parpadeó. Comenzó a decir algo y luego se interrumpió...

—¿Entiendes?

—Estás para que te aten, Grant. Al diablo contigo, yo ya hice mi parte. Puedes irte al infierno.

Se levantó. Volteó la mano y la bofetada la hizo caer sentada de nuevo sobre la cama.

Soltó un insulto digno de un sargento de marines y luego se quedó mirándome con todo el fuego del infierno en sus ojos de gata.

—¡Maldito seas! ¿Sabes lo que has hecho?

—Sé lo que voy a hacer.

Volvió a levantarse de un salto, agresiva como una pantera. Lanzó sus largas uñas hacía mi cara y pude atraparlas justo antes de que me arañara con su zarpazo.

La sacudí un poco y luego le di otro revés, y en esta ocasión cayó de espaldas encima del lecho.

—Te advertí que éste era un juego demasiado rudo para jugarlo conmigo —dije rechinando los dientes—. Y ahora vas a jugarlo hasta el final.

—¡Voy a gritar, palurdo...!

—Hazlo y te mato.

Se quedó blanca como el papel. Luego la sangre coloreó sus mejillas y comenzó a insultarme, casi con método, cual si recitara una lección bien aprendida.

—¿Te quitas las ropas o lo hago yo? —pregunté interrumpiéndola.

—¡Maldito si lo hago!

—Bueno... es una lástima romper esas cosas...

La atrapé por la tenue blusita. Dio un grito y de nuevo sus zarpas intentaron dejarme la cara como unos zorros.

Esquivé como pude. La blusa se rasgó y ella se echó atrás. Bajó la cabeza y se quedó mirando el estropicio.

Sus pechos asomaban por encima de un sujetador que sólo

servía de adorno.

Me miró. El fuego que llameaba en sus ojos pareció convertirse en una llama al rojo blanco.

—¡Hijo de perra! —barbotó—. Debería matarte por lo que has hecho...

—Espera a que haya terminado en todo caso.

—Así que quieres llegar al final, ¿eh?

—Más allá del final, si puedo.

De nuevo lanzó la mano, sólo que esta vez no iba contra mi cara. Atrapó el borde de la toalla, tiró, y se quedó con ella en las manos, colgando como una bandera derrotada.

Empezó a sonreír.

—¡Ajá! —murmuró, casi jadeando—. Así debía de ser, después de tantos años...

—¿Quién es ahora el que está loco?

Empezó a moverse con frenesí. En un abrir y cerrar de ojos estuvo desnuda.

—Como si fuera la primera vez... —balbuceó sin dejar de mirarme con ojos voraces—. Seis años sin una mujer, sin un abrazo, sin sentir una boca contra la tuya... Debes sentirte como un salvaje...

Alargó las manos y me acarició. Sentía como si aquel fuego que había en su mirada se deslizara por mi cuerpo a oleadas bajo el roce de sus dedos. Luego, sus caricias se volvieron rudas, apremiantes.

Me arrojé sobre ella, ciego y sordo a todo lo que fuera el deseo, el dolor profundo que parecía nacer en cada una de las fibras de mi cuerpo. Ella me ofreció su boca y yo la tomé con la misma ansia del sediento en un desierto.

Luego, con el rugido del deseo en mis sentidos, me hundí en la locura de su cuerpo y todo se convirtió en un rojo torbellino, en un éxtasis delirante como no me había atrevido a soñar siquiera en los seis años de amargura y frustración.

Alguien gritó. Ella, o quizá yo, nunca lo supe. Fue un grito que, en cualquier caso, murió dentro de la boca del otro.

CAPÍTULO III

Clive Malloy entró y miró en torno al cuarto arrugando la nariz.

—Paul tenía razón —gruñó—. Esto es una pocilga.

Me encogí de hombros. La cama estaba revuelta, yo llevaba sólo los pantalones y la habitación cerrada olía a humo de tabaco y a mujer.

La muchacha rubia se había marchado apenas diez minutos antes. Ahora sabía que se llamaba Sally. Bueno, sabía muchas cosas más para entonces.

—Bueno, acaba de vestirme y larguémonos de aquí —rezongó Clive—. Oye, sería inteligente por tu parte hacer la maleta y abandonar este estercolero. Habrás de buscar otro sitio si vas a trabajar conmigo.

—Hay tiempo, Clive, no me atosigues.

Me vestí sin ninguna prisa. Mi mente seguía reviviendo una y otra vez la larga experiencia y el inmenso gozo que Sally me había proporcionado. Decir que había vuelto a vivir en sus brazos era quedarse corto. No comprendía a aquella mujer. No acababa de entender sus contradictorias reacciones...

—A propósito —exclamó Clive de pronto—. No estaremos solos esta noche. Había olvidado que ya tenía un compromiso anterior, así que cuando ellos se marchen hablaremos de lo nuestro.

—Escucha, Clive, si tienes un compromiso, por mí no hay inconveniente. Podemos reunimos mañana, o pasado. No quiero ser un estorbo en tu vida social.

—No digas tonterías. Sólo se trata de uno de mis socios y su hija. Te gustará.

—¿Tu socio?

Se echó a reír.

—La hija, idiota. Es un monumento. Una gran chica.

—Si eso es cierto, ¿por qué no te has casado ya con ella?

—Se lo propuse —dijo con ironía—. Me dio con la puerta en las narices, si sabes lo que quiero decir. Pero seguimos siendo grandes amigos.

Acabé de vestirme y nos largamos del hotel. Viajar en aquel acorazado que era su coche resultó una experiencia fascinante después de tantos años. Oía latir el poderoso motor y si me hubiese atrevido le habría pedido que me dejara conducir.

Clive vivía en una inmensa residencia en Hollywood Hills rodeada de un jardín impresionante. Cuando detuvo el coche delante de la entrada miré en torno y no pude evitar un gesto de asombro.

—¿Qué te parece?

—Debe ser cierto que eres un podrido ricachón, como dijo Paul. Se echó a reír.

—La compré para darle gusto a mi madre. Ella quería vivir a lo grande. Luego, murió y yo ya me había acostumbrado a todo esto.

Se abrió la puerta y apareció una sirvienta de mediana edad.

—Hola, Maggy —exclamó mi compañero—. ¿Cómo va la cena?

—Muy bien. El señor Hardeman acaba de telefonar. Estarán aquí a las ocho y media.

—Estupendo.

La mujer desapareció dejando la puerta abierta. Oí un alboroto más allá de la esquina y di un respingo. Dos gigantescos perros surgieron disparados y dudé entre rezar o refugiarme en el coche. En mi vida había visto unas bestias tan enormes.

Clive les gritó algo y los dos perrazos se precipitaron hacia él, ladrando alborozados. Luego, cumplida su bienvenida, se volvieron hacia mí. Les vi los colmillos y los pelos se me pusieron de punta.

—Tranquilo, déjales que te examinen —me aconsejó Clive, riendo—. Necesitan tiempo para aceptar a un desconocido.

—No pienso aceptarlos a ellos. ¿Qué clase de animales son éstos, un cruce de perro y caballo?

—Dogos. Puros dogos, nada más.

—Y nada menos...

Los tenía pegados a mis piernas. Olisqueaban mis pantalones como dudando entre olvidarme o darme una dentellada.

Me arriesgué a acariciarles sus enormes cabezotas. Uno gruñó de mala manera, pero el otro era más sociable y aceptó el trato.

Clive pareció sorprendido.

—Te aceptan antes de lo que imaginaba. Por regla general suelen ser mucho más ariscos.

—¿Quieres decir que si no me aceptasen ya me habría quedado sin mano?

—Tal vez. Ven, verás el parque. Hay una piscina ahí al lado...

Echamos a andar, con los perros trotando a nuestro alrededor. Había una piscina enorme, árboles colosales y un prado de césped como un estadio. Al fondo del jardín, allí donde terminaba un ancho paseo de losas de piedra, vi un garaje con las puertas abiertas. Dentro había dos coches, y un tipo ordenando unas herramientas de jardinería.

—Es el jardinero. Viene tres veces por semana para mantener esto en condiciones.

Cada vez estaba más asombrado. Clive saludó al hombre y seguimos un trecho en silencio, rodeando los árboles. Los perros saltaban de aquí para allá, asegurándose de que su dueño les seguía. Comenzaban a gustarme.

De pronto, Clive gruñó:

—Voy a nombrarte gerente de una compañía de transportes, Grant.

—Estás bromeando. Todo lo que yo entiendo de transportes, se reduce a cómo pagar el billete del autobús.

—Eso no importa. Quiero que te metas dentro y trates de averiguar quién es el hijo de perra que quiere quedarse con ella.

—¿Con la compañía?

—Sí.

—No te comprendo.

—Ya te explicaré... En mi vida he permitido que nadie me arrebatara nada. Luché como un forzado para prosperar. Trabajé duro, día y noche, y la suerte me acompañó. Quiero decir que todo lo que tengo lo gané a pulso, con mi esfuerzo. Jamás permitiré que nadie me lo arrebatase.

—Pero, bueno, ¿cómo puede alguien quitarte una compañía de transportes? Eso no es como robarte la cartera.

—Están intentándolo. Recibí una oferta por teléfono. Creí que se trataba de algún chiflado. Luego, a los dos días, vino un tipo a mi despacho. Repitió la oferta y mencionó una cifra ridícula, algo

burlesco. Le mandé al infierno. Entonces dijo que era preferible para mi vender y seguir disfrutando de mis otros negocios, que él tenía la corazonada de que si no vendía los transportes, tampoco disfrutaría del resto.

—Eso es una amenaza. ¿No lo denunciaste?

—¿Para qué? Se largó y sólo cuando ya estuvo fuera caí en la cuenta de que no sabía siquiera quién era aquel tipo. Por lo demás, no me cabe duda que era sólo un emisario. ¿Qué podía denunciar en esas condiciones?

—Claro...

—Hace dos días, uno de mis camiones se despeñó por un barranco. El chófer y su ayudante murieron. Estoy convencido de que no fue ningún accidente, Grant, sino un medio de presionarme. Fue el primer accidente que ha sufrido la compañía desde que la fundé, y el lugar donde el camión saltó al vacío es un tramo de carretera recta.

—Ya veo...

Suspiró.

—Siempre confié en ti, Grant. Fuiste el mejor amigo que tuve jamás. En cierto modo te envidiaba porque me hubiera gustado ser como tú...

—Pues te habrías lucido.

—Ya sabes lo que quiero decir. Ahora que estás aquí espero solucionar esto del modo que sea. Sospecho de todo el mundo y de nadie en particular... O quizá sí, hay alguien que de un tiempo a esta parte me tiene preocupado. Tan pronto tenga tiempo para ello voy a revisar los libros de todas las compañías. Ya ves que estoy hecho un mar de dudas.

Llegamos delante de la casa. El sonrió.

—Punto final a las lamentaciones. Vamos a tomar un trago.

Entramos y observé cómo los dos perrazos se quedaban en la puerta, tiesos, sin pasar del umbral.

Clive me llevó a una sala confortable y llenó dos vasos con un *whisky* de importación del que yo casi me había olvidado.

—Te gustará la chica, ya verás —dijo de pronto.

—¿Qué chica? Oh, te refieres a la hija de tu socio...

—Ajá. Se llama Cindy. Es una gran mujer, pero tiene ideas propias sobre el amor, el sexo, la libertad y todas esas monsergas.

Quizá se deba a que aún no ha madurado lo suficiente.

—Tú debes saberlo.

Se echó a reír.

—Espera a conocerla.

Cuando la conocí le di toda la razón del mundo.

Habíamos cenado sin que la conversación versara para nada en negocios. Una conversación insulsa, con comentarios rutinarios y sin que entre aquel señor Hardeman y yo se estableciera la menor corriente de cordialidad. Era un tipo orgulloso, de buena planta, cabeza leonina cubierta por una melena en cuyos aladares lucían ráfagas grises. Tenía una voz profunda y segura, tan segura como él se sentía de sí mismo.

La muchacha era otra cosa.

De una belleza un tanto sofisticada, pero tan atrayente como el vértigo de un abismo. Su boca era turgente, de labios preciosos y dientes blancos y diminutos. Tenía un modo de mirar que aumentaba la temperatura.

También la aumentaba en mi mirar el resto de ella, claro, porque sus pechos parecían capaces de atravesar la tela del vestido, tan puntiagudos eran. Y lo que les seguía más abajo no tenía desperdicio. Debían haberla moldeado las manos de un ángel.

Ella resultaba mucho más cordial y asequible que su padre.

Cuando nos levantamos de la mesa para tomar el café en un salón más íntimo, ella se rezagó para quedarse a mi lado.

—Clive me habló mucho de usted —dijo.

—Si eso es cierto, no comprendo cómo se atreve a dirigirme la palabra.

Se echó a reír.

—Habló muy bien —puntualizó—. No dijo que fuera usted un comeniños ni nada de eso.

—¿Cuándo tuvo lugar esa conversación?

—Oh, hace ya tiempo...

—¿Y le dijo también dónde estaba alojado?

Dejó de reír de golpe y desvió la mirada.

—Sí.

Lo dejé correr, pero ella añadió:

—También me contó lo que hizo usted... y por lo que fue procesado.

—Ese tipo tiene la lengua muy suelta —gruñí.

—Clive le quiere. Creo que ve en usted al hermano mayor que nunca tuvo.

—Pues sí que le habría enriquecido la familia...

—¿Tanto se desprecia usted, Grant?

—¿Quién, yo? En realidad me adoro.

De nuevo volvió la risa a sus ojos.

Tomamos café y licores. Fumamos y ellos empezaron a enfrascarse en una conversación referente al petróleo o algo así, de modo que me aparté y fui a dar un vistazo a los libros de las estanterías.

Cindy vino a reunirse conmigo.

—¿Salimos a respirar el aire de la noche, Grant?

—Olvídelo. Su padre no me pierde de vista.

—No sea ridículo. Soy mayor de edad. ¿De qué tiene miedo, si es que lo tiene?

La miré a los ojos; Eran profundos, ávidos y amistosos. No pude evitarlo. Bajé la mirada y la dejé que se perdiera en la hermosa profundidad de su escote increíble. Casi pude verle los pezones.

—Quizá de mí mismo —dije con voz ronca.

—No habla en serio, Grant.

—Ya lo creo que sí.

Aparté la mirada y volví a los libros. Durante un rato sólo se oyó el murmullo de la conversación de los dos socios, al fondo del salón.

La muchacha volvió a la carga.

—Salgamos fuera, Grant. Me ahogo aquí dentro con esa noche tan buena que hace.

—Está bien.

Ella se encaró con Clive.

—Oye, ¿dónde tienes a esos horribles perros, querido?

—A estas horas, cerrados detrás del garaje. Sólo están sueltos por la noche, cuando no quedan forasteros en la casa. ¿Vais a salir?

—Sí.

—De acuerdo, enciende las luces.

La seguí hasta el jardín. Ella había encendido las luces y el efecto de la claridad entre el follaje era maravilloso.

—¿Le ha hablado? —me espetó cuando empezamos a andar uno al lado del otro.

—¿Cómo?

—Clive. ¿Ha hablado ya con usted?

Me puse en guardia.

—¿Respecto a qué?

—A lo que le preocupa.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Ahí está lo malo, no sé nada. Pero él está nervioso, preocupado, inquieto. Me dijo hace poco que algo no funcionaba como debiera en su corporación, y papá es de la misma opinión, aunque tampoco suelta prenda. Creí entender que Clive esperaba que usted llegara para que le echara una mano.

—No me dijo nada —mentí.

Trató de verme la cara en medio de la penumbra. Refunfuñó algo entre dientes y seguimos paseando sin hablar durante unos instantes. Estábamos en el prado de césped, a la vista de la piscina, brillante como una estrella que hubiera caído a tierra, gracias a sus luces sumergidas.

—Grant...

—Adelante. Usted misma dijo que no soy un comeniños, puede hablarme de lo que quiera.

—¿Le ayudará si se lo pide?

Me detuve.

—¿Tanto le preocupa?

—Naturalmente.

—¿Por qué, está enamorada de él?

—No sea absurdo.

—Entonces, ¿por qué? Quizá porque teme por los ingresos de su padre. ¿Es eso?

—Ahora resulta usted vulgar y odioso.

—Son los malos modos del penal.

—Está amargado. Y resentido tal vez. Es incapaz de comprender que entre Clive y yo pueda existir una auténtica amistad, y que yo pueda preocuparme por él porque le quiero como al mejor amigo, pero nada más. Tiene usted la mente sucia.

—La mente y el corazón.

—Eso es sólo una frase. Creo que Clive le sobrevaloró cuando me habló de usted.

—Posiblemente. Yo también me sobrevaloré a veces.

—¿Y no se desprecia nunca?

—Algunas veces. Como ahora, por ejemplo.

Habíamos llegado cerca del garaje. De otro lado del pabellón nos llegó el bronco gruñido de los perros.

Ella se impacientó.

—Bueno, acabe —refunfuñó—. ¿Por qué se desprecia precisamente ahora?

—Por estar atado aún a los viejos hábitos sociales, al respeto de las buenas costumbres.

—Sigo sin entender nada.

—Mejor así.

Regresamos hacia la casa. Allá atrás, los perros comenzaron a ladrar de un modo desaforado.

—¿Qué diablos les pasa? —exclamé—. Parecen furiosos.

—Nos han oído. Y están encerrados en su cercado, eso los pone frenéticos.

Justo cuando llegábamos a la entrada de la casa, Clive apareció en la puerta.

—Esos perros —refunfuñó—. Nunca alborotan de ese modo.

—Hemos llegado cerca del garaje —explicó Cindy—, eso debe haberles inquietado.

—No... no lo creo. Iré a ver.

—Voy contigo —dije, creo que como excusa para apartarme de la inquietante proximidad de la muchacha.

—Bueno.

Apresuramos el paso hacia el garaje. El indagó:

—¿Qué te ha parecido?

—¿Qué?

—Cindy.

—Demasiado entrometida.

Se echó a reír.

—Siente curiosidad hacia ti, eso es normal. Le conté algo respecto a tu pasado, hace algún tiempo.

—Pudiste mantener cerrada la boca.

—¿Por qué? Estaba terriblemente interesada. Ojalá se hubiera interesado tanto por mí alguna vez. ¡Maldita sea, esos perros!

Seguían alborotados, y cuando llegamos a la fachada posterior del garaje les vimos que casi se lanzaban contra la cerca metálica

que los mantenía cerrados.

Clive dio una voz y los dos gigantes animales se precipitaron hacia la puerta de la cerca, Allí esperaron, rígidos, tensos como cables.

—No sé si... No te apartes de mí, Grant.

Yo no pensaba hacerlo por nada de este mundo cuando vi que se disponía a abrir la puerta.

Tan pronto lo hizo, los dos enormes dogos salieron como rayos. Ni siquiera esperaron a recibir una caricia de su amo, sino que volaron hacia el muro de ladrillo que cerraba la propiedad por esa parte de la colina. Se me pusieron los pelos de punta, porque ahora no ladraban. Ni siquiera gruñían. Galopaban en absoluto silencio, uno al lado del otro, como sombras escapadas del infierno.

—Qué raro —murmuró Clive—. Algo deben haber visto.

Echamos a correr tras ellos. Los dogos se detuvieron al pie del muro, alzándose sobre las patas traseras como si quisieran escalarlo. De nuevo sentí un escalofrío. Alzados como estaban eran mucho más altos que yo.

Entonces sí gruñían. Un sordo trueno escapaba de entre sus fauces llenas de colmillos y espuma.

—Algo les ha enfurecido, algo que han visto aquí, en el muro —gruñó Clive.

—¿Crees que alguien intentó saltarlo?

—Pudiera ser, aunque debería tratarse de un idiota si pensaba robar en una casa llena de luces.

Pensé sobre eso, y no me gustó la conclusión a la que llegué.

Clive llamó a los perros. Tanto uno como el otro se resistieron a apartarse del muro. Luego, se aproximaron jadeando, con la lengua fuera.

El los acarició.

—Tócalos, Grant. Quiero que te conozcan bien.

—No me gustaría quedarme sin manos antes de que me conozcan.

—¿Tienes miedo?

—Más bien sí.

—Vamos, un tipo como tú...

Decidí arriesgarme a una mutilación traumática y les acaricié los gruesos cuellos. Eran duros como el acero.

Primero me miraron con sus ojos rojizos. Gruñeron y se pusieron rígidos, mirando a Clive como esperando instrucciones antes de saltarme al cuello.

Clive no dijo nada. Yo seguí esforzándome para confraternizar con ellos y al fin pareció que lo daban por bueno. El más grande de los dos parecía un *poney* y era de color negro azulado, la bestia más hermosa que yo había visto nunca. Levantó la cabezota y acabó frotándola contra mi costado, llenándome de babas.

Eso pareció sellar un pacto de no agresión definitivo. El otro, de un bonito color canela, se frotó contra mis pantalones y cuando emprendimos el regreso a la casa parecíamos los mejores amigos del mundo.

Antes de llegar al porche me detuve.

—¿Crees que los perros me obedecerían, Clive?

—Depende... ¿Por qué?

—Quisiera salir a dar una vuelta por el exterior. Tal vez hallásemos una pista de quien sea que estuvo fisgando por el muro.

—Olvidalo. Si realmente hubo alguien debe encontrarse a diez millas de distancia a estas horas. Vamos a tomar un trago.

Lo dejé correr. Esta vez, hasta los perros entraron con nosotros al salón. Dieron una vuelta de reconocimiento cerca de la muchacha y de su padre, y acabaron tendiéndose perezosamente junto a la butaca de Clive.

Bebimos un par de tragos más, sin que la conversación se animara tanto como era de desear. Pensé que allí el extraño era yo y dije:

—Creo que es hora de irme, Clive. ¿Puedo llamar un taxi por teléfono desde aquí?

—¿A estas horas? Los taxistas están demasiado escamados, con los atracos y todo eso. Mejor llévate mi coche. Ya lo recogeré en cualquier momento.

—Está bien,...

—Te llamaré por la mañana y concretaremos ese asunto del trabajo.

—Cuando quieras.

Me despedí de su socio. No le gustó estrechar mi mano, y su gruñido de despedida tampoco fue ningún dechado de cordialidad.

Cindy me sonrió y retuvo mi mano unos instantes más de lo

normal. Como despedida murmuró:

—Nos veremos otra vez, Grant.

Me dirigí a la puerta. Los dos perros se levantaron de un salto y trotaron detrás de mí hasta el porche. Se detuvieron allí, viéndome marchar en silencio, como asegurándose de que me perdían de vista y de que no me llevaba conmigo la vajilla de su amo.

Conducir el Cadillac de ocho cilindros por las amplias avenidas de Hollywood Hills resultó una experiencia reconfortante. Siempre había sentido pasión por los coches poderosos, y aquél lo era mucho más que ninguno que yo hubiera poseído nunca.

Luego, cuando descendía una cuesta, otro coche negro salió de no sé dónde y comenzó a escupir plomo.

Vi saltar el parabrisas y todo se convirtió en un infierno, antes de estrellarse contra una pared. Mi cabeza golpeó en alguna parte y me apagué como una vela.

CAPÍTULO IV

Los primeros alarmados vecinos me sacaron del coche en volandas, dejándome tendido en la acera. Confusamente veía sus siluetas encima de mí y oía sus voces como si llegaran de muy lejos.

Después aparecieron los policías, y una ambulancia, y un médico que me examinó el cráneo. Sus cuidados no me hicieron ningún bien, sólo aumentaron el agudo dolor que me atravesaba el cerebro.

Cuando se dio por satisfecho, dijo que me llevaran al hospital y se largó.

—No quiero ir a ningún hospital —dije, fastidiado, cuando los policías dejaban paso a los tipos de la ambulancia que esperaba junto al bordillo—. Me siento bien, sólo estoy dolorido.

—El doctor dijo que podía sufrir usted una conmoción.

—No creo que ese matasanos sepa lo que es eso siquiera...

Di un vistazo al Cadillac. Tenía el capó hecho una ruina.

El policía me espetó:

—Lo han llenado de balas. ¿Sabe quién lo hizo?

—Ojalá lo supiera. Sólo vi un coche negro, nada más. Todo fue demasiado rápido.

—Está usted vivo de milagro, amigo. Habrá de acompañarnos si no quiere que le lleven al hospital, Tiene que redactar una declaración, y presentar una denuncia en regla para que le abonen algo los del seguro.

—El coche no es mío. Acababa de prestármelo un amigo.

—Pues le ha hecho usted un flaco servicio...

Me llevaron en uno de sus coches. La cabeza me daba vueltas, me dolía y sentía como si me hubiera crecido al doble de su tamaño natural. Pensé que hubiera sido peor si ahora no pudiera sentirla y eso me consoló.

En la jefatura me dejaron en manos de un tipo ceñudo, con ojos de rata, que respondía al nombre de teniente Bankrof, Ni yo le gusté

a él ni él me gustó a mí.

Tan pronto hubo comprobado mi identidad salió un momento y regresó como si hubiera rebotado.

—Bueno, cuénteme, deme su versión —gruñó.

Se la di. No tenía nada que ocultar, así que le obsequié con un fiel relato de cuánto había sucedido.

—¿El coche pertenece al señor Malloy, de la colina?

—A Clive Malloy. Cené con él, en su casa.

—Y él le prestó el auto...

—Sí, dijo que era difícil conseguir un taxi a estas horas.

—Usted sabe que comprobaremos todo eso, señor Bannister.

—Claro.

—Ahora dígame quién puede tener interés en matarle.

—No lo sé. Llegué a la ciudad esta mañana, no hay nadie aquí que pueda apreciarme hasta ese extremo.

—Déjese de ironías, esto es serio.

—Dígamelo a mí.

Encendió un cigarrillo y desperdició algunos minutos en reflexionar, o por lo menos eso creí. Después, un agente llamó a la puerta, entró y dejó un pedazo de papel escrito a mano sobre la mesa.

Bankrof lo leyó. Lo vi enarcar las cejas, sorprendido.

—Vaya, no me dijo usted que acaba de salir de San Quintín.

—Usted no me lo preguntó.

Me miró de mala manera y siguió leyendo.

—Cinco años... debió hacerla buena, Bannister, para que le condenaran a todo ese tiempo.

—Se equivoca, me sentenciaron a ocho años. Estoy en libertad condicional por buena conducta y redención por el trabajo.

—Más a mi favor. ¿Qué fue lo que hizo, se cargó a alguien?

—Averíguelo usted, teniente.

—Seguro, lo haré. ¿Dónde se aloja? O ya tiene casa...

—Hotel *Templeton*.

Arrugó la nariz.

—Ese vertedero debe parecerle muy distinto a la casa del señor Malloy, ¿eh?

—Un poco.

—Creo que haré algunas preguntas sobre usted aquí y allá,

Bannister.

—No me preocupa, aunque me parece a mí que debería usted preocuparse más de los pistoleros del coche negro que de mí. Yo no he disparado contra nadie, ¿sabe usted?

Hizo una fea mueca.

—Ese sentido del humor le servirá de mucho si yo encuentro algo por lo que echarle mano. No me gustan los presidiarios ni me han gustado nunca.

—Ex, teniente, sea usted consecuente. Soy «ex» presidiario.

—Para mí no hay diferencia alguna. La basura sigue siendo basura aunque la echen en un jardín.

Pensé que me habría gustado mucho saltarle los dientes. Pero también pensé que volver a San Quintín sólo por darme ese gusto era un pésimo negocio y lo dejé correr.

—¿Eso es todo, teniente?

—Por el momento, sí. Ya nos veremos usted y yo.

Me largué al diablo de allí. No me sorprendió descubrir que estaba más furioso y resentido contra ese torpe policía que con los pistoleros que habían estado a punto de mandarme al infierno.

Tomé un taxi, le di la dirección del hotel y me fui a dormir.

Cuando desperté, a la mañana siguiente, agarré el teléfono y llamé al número de Sally, la volcánica rubia.

Comunicaba. Busqué el número de Clive y con él pude establecer comunicación a la primera.

—¿Sabes lo sucedido anoche? —le espeté de entrada.

—Seguro, la policía estuvo aquí haciendo preguntas. Dicen que el coche está hecho cisco, pero eso maldito si importa. ¿Cómo estás tú?

—Con un dolor de cabeza monumental, pero eso es todo.

—¿Quién demonios pudo hacer eso, Grant? Después de tanto tiempo fuera de la ciudad...

—La cosa no iba contra mí, viejo.

—¿Qué?

—Era tu coche.

—Bueno, pero...

—Era tu coche —repetí—, eso les confundió. Pensaron que eras tú quien lo conducía y lo llenaron de balas. No puede ser de otra manera.

Se quedó mudo un buen rato. Al fin susurró rechinando los dientes:

—Ya veo... Creo que estás en lo cierto, Grant. Nos veremos más tarde. Llámame a mi oficina.

—Lo haré. Siento lo del coche.

—¡Oh, eso! Al diablo el coche.

Colgó y yo hice lo mismo, para volver a marcar el número de la rubia.

Esta vez contestó. Me dio una dirección para que me reuniera con ella y fui a su encuentro con un millón de ideas danzándome por mi dolorida cabeza.

Tenía un lujoso apartamento cuyo alquiler debía elevarse a sumas astronómicas. Había grandes divanes, gruesas cortinas y alfombras por todas partes. Los cuadros de las paredes eran originales, y aunque yo no entendía una maldita cosa de pintura, estuve seguro que debían haber costado una fortuna.

—Vives muy bien, encanto —dije de entrada, mientras miraba alrededor.

Me rodeó el cuello con los brazos. Un instante después su boca abierta se estrelló contra la mía. Sentí su lengua herirme como una daga al rojo vivo y la cosa empezó a complicarse.

La aparté al cabo de unos instantes. Mi voz sonó muy ronca cuando dije:

—Vine a hablar de negocios, Sally.

Se echó a reír, mirándome de arriba abajo.

—Negocios, ¿eh? Hay una parte de ti que opina de otro modo.

Eso era cierto. Encendí un cigarrillo y seguí mirándola. Llevaba puesto un salto de cama o algo así. Nunca he entendido nada tampoco de lencería femenina, pero era algo tan etéreo, tan transparente, que a través de aquella cosa rosada podía ver los perfiles y recovecos de su cuerpo, y el rojo de los pezones y la negrura del vello que coronaba sus muslos prietos.

Resumiendo, no llevaba nada debajo de aquella nube.

—¿Ya terminaste? —rió—. Si ya has visto lo que querías a contraluz me quitaré esto y...

—No corras tanto. Quiero ver al tipo que te envió. Necesito un trabajo.

—Ya lo tienes, Grant, querido. Aquí y ahora.

Tendió los brazos nuevamente. Casi salté hacia atrás.

—Cada cosa a su tiempo. ¡Maldita sea! ¿No te das cuenta que me confundes las ideas? Llama a ese fulano y dile que quiero verle.

Suspiró, refunfuñando entre dientes.

—Está bien, eres un ave fría, querido. Le llamaré, pero antes hay algo que debes saber... algo que quiero que no olvides nunca. ¿De acuerdo?

—¿Qué es eso tan importante?

—Nadie debe saber jamás que tú y yo nos acostamos juntos. Nunca, Grant.

—Ya veo...

—Aunque seguiremos haciéndolo siempre que tengamos oportunidad. Nunca había tenido a un hombre como tú.

—No saques las cosas de quicio.

—¡Pero tienes que jurarme que nunca hablarás de eso!

—Muy bien, tienes mi palabra. Nunca he presumido de estas cosas.

Asintió, aliviada. Cuando se dirigía al teléfono le solté bruscamente:

—¿Temes que el pagano que mantiene este apartamento cerrará la bolsa?

Se detuvo en seco. Volviéndose me miró con ojos encendidos.

—No puedes comprenderlo —murmuró—. Es algo más que eso.

Descolgó el teléfono y disco un número que sabía de memoria. Habló apenas unas palabras, asintió y colgó.

—Iremos ahora —anunció—. Lástima... hubiera sido mejor llamar después de habernos divertido un rato.

—¿Es que no piensas más que en eso?

—Si sabes de algo mejor, dímelo.

Se contoneó rumbo a un dormitorio decorado de azul. Cortinas azules, una colcha azul sobre la enorme cama, y una alfombra del mismo color en la que se hundían los pies hasta el tobillo.

—Voy a vestirme —dijo—, así que si quieres verlo quédate, pero luego no me acuses de haberte provocado.

—Adelante, podré resistirlo.

—Apuesto que no.

Desató el cinturón de lo que llevaba puesto, hizo un ligero movimiento con los hombros y la nube rosada revoloteó hasta el

suelo, deslizándose a lo largo de la escultura viviente que era su cuerpo.

Permaneció quieta, mirándome, los brazos lánguidos a sus costados. Se pasó la lengua por los Sabios, incitándome. Sonrió.

—Voy a vestirme... —repitió, sin moverse.

Tragué la pelota de tenis que se había alojado en mi garganta. En un segundo estuve a su lado y la rodeé con mis brazos, notando la suavidad de seda de su piel en las palmas de las manos. Una piel que ardía.

—Ibas a resistirlo —susurró.

—Lo olvidé.

—No hay tiempo para nada... él nos espera y te aseguro que no tiene sentido del humor. No le gusta esperar...

—A mí tampoco.

Comencé a besarla. Detrás de mí había seis años de frustración, de abstinencia, de revolcarse con el deseo mordiéndole a uno las entrañas. Cada beso sobre su piel era una llama que estallaba en mi boca.

La oí jadear como si se ahogara. Sus manos enredaron enloquecidas en mis ropas y cuando nos dimos cuenta estábamos tendidos en la alfombra amándonos casi con furia, como si en lugar del deseo y del amor fuera la ira y el odio lo que nos empujara uno contra el otro.

La sentí vibrar, estremecerse, fundirse en aquel torrente tumultuoso que nos unía con dolor y con placer. Un dolor y un placer que parecían nacer en lo más profundo de nuestros cuerpos para emerger, con el éxtasis, a la superficie de la vida.

Entonces no lo sabíamos, pero era a la superficie de la muerte...

CAPÍTULO V

Se llamaba Sam Gurney, y en el penal había oído hablar mucho de él.

Me examinó con la misma atención que si examinara un caballo de carreras. Incluso dio una vuelta a mi alrededor.

—Así que tú eres Grant Bannister —dijo.

Fue a sentarse al otro lado de una mesa de despacho. Miró a Sally y con un gesto le indicó la puerta.

—Déjanos solos, nena.

Ella salió obedientemente.

Sam Gurney trató de sonreír. Su cara era demasiado fea y amazotada para que consiguiera otra cosa que una mueca.

—¿Te gusta la chica? —me espetó.

—¿Y a quién no? Es un buen bocado.

—Demasiado delicado para tipos como tú.

—¿Quiere decir algo concreto con esto, o es sólo un modo de hablar, Gurney?

—Un comentario... sólo un comentario. Esa zorra no está ni siquiera a mi alcance. Bueno, vayamos al negocio.

—Por eso estoy aquí.

—Alguien quiere contratarte. Mil a la semana, y cinco mil por cada expedición.

—No hable en clave. ¿Quién quiere contratarme, y para hacer qué?

Se echó atrás.

—Quién, de momento, te quedarás sin saberlo. En cuanto al trabajo, es tu especialidad. Viajes por mar, Bannister. Hasta que te traicionaron lo hiciste muy bien. Si no se hubieran chivado nunca habrían podido atraptarte.

—Más despacio, que yo me entere. Te has tomado mucho trabajo para averiguar mi pasado, y también debe haberte costado

lo tuyo saber el día exacto en que salía de San Quintín. Eso me hace pensar que el interés por mí es grande...

—Lo es.

—Lo que equivale a que el negocio es enorme.

—Puedes decirlo así. Tengo contactos en el penal y en todas partes, y cuando hay un tipo que puede convenirnos dedico algún tiempo a examinar sus antecedentes. Tú nos convienes. ¿Qué decides?

—He de pensarlo, a menos que me digas algo más sobre el trabajo.

Sacudió la cabeza.

—Nada de detalles hasta estar seguro de que te metes en el negocio.

—Dame tiempo. Aún no me he adaptado.

—Tienes tiempo hasta mañana por la noche, no más.

—¿Por qué ese plazo fijo?

—Porque entonces el hombre que maneja todo el tinglado estará aquí, y hay que empezar a trabajar esta misma semana.

—Entiendo. Yo creí que eras tú quién manejaba este asunto.

—Digamos que yo soy el segundo de a bordo, ya que hablamos de un negocio marítimo.

Volvió a esbozar aquella mueca que quería ser una sonrisa.

—Si es tan grande, habría que discutir un poco más las condiciones, Gurney.

—De eso nada, Bannister. Mil a la semana y cinco por expedición, eso es todo. Si la cosa funciona harás dos viajes al mes, de modo que te embolsarás un buen pellizco.

Asentí. Ya lo creo que era un buen pellizco. Demasiado quizá.

—Decidiré mañana —dije, intrigado—. ¿Cómo vuelvo al centro desde aquí?

—Ella te llevará.

—¿Sally?

—Claro.

—No me gusta mezclar mujeres en los negocios.

—Ella no sabe nada de nacía. ¿Hubieras preferido que te enviara a un par de gorilas? Apuesto que habrías ofrecido muchas más dificultades para venir aquí.

—Eso puedes jurarlo.

Se levantó, satisfecho de su perspicacia.

Fuera, haraganeando en un salón pequeño, había un tipo escuchimizado con cara de tuberculoso y ojos asesinos. Me miró y luego me dio la espalda con desdén.

Sally salió a mi encuentro y abandonamos la casa. Sólo cuando ya estuvimos en camino a bordo de su coche dijo:

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal te fue?

—Me propuso un trabajo, eso es todo. No me gusta.

—¿Por qué no?

—Demasiados misterios y demasiado dinero.

—Nunca se tiene demasiado dinero.

—Depende del punto de vista.

—¿Adónde quieres que te lleve? O nos vamos a mi apartamento. ¿Quieres, Grant? No soportaría hacer el amor en esa cueva que es tu hotel.

—Esta mañana no, nena. He de ver a un viejo compañero. El también me ofreció un trabajo.

—¿Y vas a aceptarlo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé todavía. Empiezo a pensar que en algunos aspectos, el penal era mejor. Allí no había que tomar decisiones, no había que preocuparse por nada, excepto sobrevivir y morderse los puños de rabia...

—No digas eso, Grant. Allí no podías tenerme a mí.

La miré. Tenía un hermoso perfil y el viento alborotaba sus largos cabellos rubios.

—Me pregunto si en realidad te tengo ahora.

—A ratos —se echó a reír—, pero si todo sale como espero me tendrás siempre. Y yo a ti. Y dinero, Grant, mucho dinero... como nunca soñaste.

—¿De qué estás hablando?

—Espera... necesito saber a qué atenerme contigo.

—A veces pienso que estás loca, preciosa.

—Pero te hago feliz. ¿No es cierto? Yo lo soy cuando eres mío, cuando te siento dentro de mí, cuando te mueres a raudales entre mis brazos...

—Cierra el pico, me pones nervioso.

Hubo una corta discusión cuando le dije que me llevara al hotel.

Se despidió con un beso y yo me quedé en la acera, viendo alejarse el elegante convertible que conducía.

Me encerré en mi cuarto y maté el tiempo fumando, tumbado de espaldas sobre la cama. Poner orden al caos que era mi mente me hubiera llevado mucho tiempo, así que lo dejé correr. Las cosas suelen aclararse por sí mismas si uno sabe esperar.

El teléfono sonó después del mediodía. La voz de Clive me llegó, tensa y alterada.

—¿Grant? —exclamó—. Te veré esta tarde. ¿Te va bien a las seis? Estaremos solos en mi oficina y podremos llegar al fondo de este maldito asunto.

—De acuerdo. Oye, tu voz suena muy rara.

—¿Rara? Debería estar hablando a gritos. ¡Maldita sea mi estampa! He sido un idiota durante mucho tiempo, pero eso se acabó.

—No entiendo nada de lo que quieres decir.

—Lo entenderás cuando nos veamos esta tarde. Ahora debo colgar, tengo un trabajo del demonio. Y cuando tú vengas ya habré hablado con ese tipejo. ¿Grant?

—Sigo aquí.

—Tú tenías razón, el atentado iba contra mí, seguro. Por si lo repiten he dispuesto algunas cosas que te interesarán... Pero, muchacho, no me falles.

—Cuenta conmigo, Clive. Para todo.

Le oí suspirar a través del teléfono. Se despidió y colgué el auricular, más preocupado que antes.

Diez minutos más tarde el maldito cacharro sonó de nuevo. Lo atrapé de un zarpazo.

—¡Hable!

—¿Grant?

Di un brinco sobre la cama. Era la voz de Cindy.

—Sí —dije—. Soy Grant Bannister. ¿Es usted, Cindy?

—Necesito verle, Grant.

Su imagen sustituyó todo otro pensamiento en mi mente.

Sólo pregunté:

—¿Dónde?

—¿Conoce el Diamond?

—Lo conocía antes. Si sigue en el mismo lugar lo encontraré.

—Estaré allí en diez minutos.

—Yo tardaré algo más.

Colgué y salí disparado. Desde luego, en el penal estaba mucho más tranquilo...

CAPÍTULO VI

El Diamond era un lugar tranquilo, discreto y exclusivo situado a un tiro de piedra de La Brea. Cuando entré, ella ya me esperaba, Me hizo señas desde la discreta mesa que había elegido en un rincón.

—Me alegro de verla —dije.

Pedí *whisky* y me quedé mirándola. Seguía siendo una belleza espectacular y atrayente, de ojos dulces y labios jugosos que eran una tentación.

Hasta que el camarero hubo dejado la bebida en la mesa no hablé.

Y entonces dijo:

—¿Le ha llamado Clive?

—Sí. ¿Cómo sabe que tenía que llamarme?

—Tiene mala memoria. Se lo dijo a usted anoche. Y hoy me lo ha dicho a mí.

—Bueno, he hablado con él. He de verle a las seis de esta tarde. Y ahora, ¿quiere decirme qué diablos está pasando?

—Ojalá lo supiera. Mi padre se ha entrevistado con Clive esta mañana. Después, estaba alterado y apenas si me ha prestado atención cuando he ido a verle tal como habíamos quedado. No recuerdo haberlo visto nunca tan preocupado.

—Y me ha llamado a mí para saber lo que ocurre...

—¿Es que no lo sabe? Clive confía en usted como en nadie más en este mundo.

—No me ha contado apenas nada por teléfono. No sabré en qué demonio de lío se ha metido hasta que le vea esta tarde.

Hizo un mohín de desencanto.

—Estoy tan inquieta, Grant...

Bebí un sorbo. Cuando dejé el vaso sobre la mesa ella atrapó mi mano entre las suyas con un gesto espontáneo y sincero.

—Temo que esté ocurriendo algo muy grave, Grant —exclamó con voz ronca—. Tiene usted que ayudarlo. Usted es... es distinto a él...

—¿En qué?

Titubeó.

—No sé... tiene experiencia, ha vivido más. O es más duro que Clive. No hay más que tratarlo un poco para darse cuenta. Usted no confía en nadie. El confía en todo el mundo.

—No sé si eso es un halago o todo lo contrario.

—No sea susceptible también.

—Escuche, si hay alguien en esta podrida ciudad por quien me dejara cortar una mano, ese alguien es Clive, así que deje de darle vueltas al asunto. Si puedo hacer algo por ayudarlo lo haré.

Suspiró. Pude advertir su alivio con sólo mirarla.

—Ayudándole a él —susurró—, ayudará también a mi padre. ¿No le parece curioso?

—Me parece otra cosa. Su señor padre no puede verme ni en pintura. Lo noté anoche.

—Oh, eso. El tiene unas ideas anticuadas. Clive cometió el error de hablarle de usted, y mi padre sostiene la teoría de que los hombres son malos o buenos, sin términos medios. Usted estuvo en la cárcel, así que es malo. Punto.

—Un criterio simplista, como el de tantos otros —dije de mal talante, pensando en el teniente Bankrof.

—Afortunadamente son una minoría, Grant.

Apuré el *whisky*. Ella había soltado mi mano, pero a mí me parecía que en mis dedos aún seguía el calor de su piel.

De pronto le solté:

—¿Está enterada de lo sucedido anoche?

—¿Qué pasó anoche?

Se lo expliqué. Los tiros, el coche destrozado y todo lo demás. Cuando acabé, estaba tan pálida que daba pena.

—Pudieron haberle matado —susurró sin voz.

—El tipo que disparó era una nulidad con la pistola automática. Lo malo es que no iban contra mí, sino contra Clive.

Dio un brinco en el asiento. Boqueó un instante y al fin la comprensión entró en su linda cabecita.

—Claro —murmuró—, les confundió el hecho de que usted

condujera el Cadillac de Clive,... Y eso explica la agitación de los perros, ¿no cree? Alguien vigilaba la casa, quizá buscando la oportunidad de matarle allí...

—Ya lo pensé también.

Quedó un buen rato sin habla. Yo estaba pensando en otra cosa.

—Paul —dije de pronto—. El quizá sepa quién odia a Clive hasta ese extremo.

—¿Paul Welcome?

—Sí. ¿Le conoce?

—Naturalmente.

—Voy a llamarle.

Fui al teléfono, busqué su número y le telefoneé. Media hora más tarde se reunía con nosotros con cara preocupada.

—¿Qué diablos pasa? —exclamó—. Oh, hola, Cindy, encanto... No sabía que conocías a ese vagabundo.

—Le conocí anoche.

Se sentó, pidió bebidas para todos, nos miró, gruñó por bajo y luego dijo:

—Bueno, adelante, ¿qué es eso tan grave de que hablaste por teléfono?

—Alguien intenta matar a Clive.

Saltó del asiento y casi quedó de pie, asombrado.

—No hablas en serio, Grant.

Le conté lo sucedido. Estaba convirtiéndose en el relato de moda.

—Si el fulano que manejaba la pistola hubiera sido un buen tirador, a estas horas yo estaría en la Morgue.

—¡Maldita sea! ¿Qué opina la policía?

—Ésta es otra. El oficial que me interrogó parecía más interesado en devolverme a San Quintín que en encontrar a los pistoleros. Odia a los presidiarios —terminé de mal talante.

—Pues todo un panorama.

—Escucha, Paul, te llamé por si tú puedes pensar en alguien que odie a Clive hasta ese extremo. Después de todo, tú has estado en contacto con él todo ese tiempo. ¿Se te ocurre algo?

Sacudió la cabeza. Casi vació su bebida de un trago.

—No puedo pensar en nadie capaz de matar a Clive. Es el mejor hombre que conocí jamás. Claro que no sé nada de sus negocios.

Quizá se enemistó con alguien, cualquiera sabe. Maneja fortunas enormes y en ese mundo loco de las finanzas nunca sabe uno a quién le pisa los callos.

—Bueno, mala suerte. Habré de esperar a hablar con él esta tarde. Sin duda, entonces se aclarará todo.

Aprovechamos para comer juntos los tres y luego nos separamos. Cindy prometió reunirse conmigo después de las seis y yo me metí en un cine para matar el tiempo.

Cuando, a las seis de la tarde, llegué a las inmensas oficinas de la corporación de Clive, encontré todo aquello convertido en una sucursal del infierno, con empleados histéricos y policías por todas partes.

Hacía sólo una hora que Clive se había suicidado pegándose un tiro con una pistola del «45».

Necesité algún tiempo para asimilar la catástrofe. Un largo tiempo para conseguir que el alboroto de mis sentimientos se calmara, porque aquella muerte me dolía como un desgarrón en las entrañas, como si en cierto modo yo también hubiera muerto un poco.

Cuando conseguí internarme en aquel manicomio, con el dolor royéndome el corazón, tropecé con el padre de Cindy. Hizo una mueca de disgusto al verme, pero le paré atrapándole de un zarpazo.

—No corra tanto, señor Hardeman. ¿Qué ha pasado?

—¡Suélteme!

—Claro, pero responda a mi pregunta.

—¿Es que no lo sabe? Clive se ha pegado un tiro en la cabeza. Le ha encontrado su secretaria... ¡Dios bendito! Esto es una catástrofe... un infierno.

Se fue trotando y desapareció por aquel laberinto de oficinas.

Entonces oí gritar a alguien, y aquella voz me hizo rechinar los dientes. Guiándome por ella llegué a un lujoso antedespacho. Allí estaba el teniente Bankrof.

Soltó un juramento al verme. A su alrededor, sus subordinados andaban locos.

—¡Usted! —bufó—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Tenía una cita con Clive Malloy.

—Una cita, ¿eh? Pues no ha querido esperarle, presidiario. Se ha

volado los sesos. ¿Quiere verle?

—Sí.

Enseñó los dientes con una mueca y gruñó:

—Es ahí.

Señalaba una puerta entreabierta.

La empujé y entré. Allí estaban los expertos en huellas, y los fotógrafos, y el médico forense, que se irguió cuando entré.

Lo que quedaba de la cabeza de Clive era una masa informe que daba náuseas.

Sobre la mesa había una pistola «Colt» automática del «45». El médico gruñó:

—Se ha puesto usted verde, amigo. Si no puede soportarlo, salga de aquí, ya tengo bastante trabajo.

Asentí y volví atrás. Bankrof me esperaba con las uñas afiladas.

—¿Y bien, que le ha parecido?

No pude contestar. Me parecía como si me hubieran vaciado por dentro.

El volvió a la carga.

—Bonito, ¿eh? Un trabajo de artesanía. Debía estar desesperado para esparcir sus sesos por toda la oficina.

—¡Cállese!

Se echó a reír. Encendió un pitillo, dándome tiempo.

Luego siguió azuzándome.

—Desde que usted llegó, desgraciado, que corren malos vientos a su alrededor. Primero lo del coche, y ahora ese individuo se pega un tiro. Ha traído usted la muerte, Bannister.

Le miré deseando arrojarlo por la ventana. Teniendo en cuenta que estábamos en la planta vigésimo segunda del edificio era una gran idea.

—¿Adonde quiere ir a parar, si es que, lo sabe? —dije dominándome.

—Aún no lo sé, pero empieza a intrigarme usted. Primero, llega y se reúne con el señor Malloy. Esa noche alguien comete un atentado idiota. Un atentado que ni un retrasado mental hubiera fallado. Resultado, un hermoso coche convertido en un acordeón, y usted sale sólo con un golpe en la cabeza.

—¿Y...?

—Y ahora, el señor Malloy va y se pega un tiro. Y me han dicho

que estaba terriblemente agitado antes de eso. Me pregunto si esa agitación empezó cuando usted se entrevistó con él, ayer.

—Cuidado, policía, no siga por ese camino.

—¿Por qué no? Es una espléndida teoría.

—¿Por qué no me acusa de asesinato entonces?

—No soy tan tonto. Usted no pudo matarlo. Por lo menos no directamente. Se trata de un suicidio tan claro como la luz. Pero pudo empujarle a apretar ese gatillo, ¿eh?

El fuego de la ira comenzó a llamear en lo más hondo de mi sangre.

El rió.

—Pienso que pudo presionarle usted, ¿eh, Bannister? Pudo someterlo a una presión demasiado dura para él y se mató. Hablando en plata...

—Le advertí, Bankrof. Clive era el mejor amigo que he tenido jamás, casi como un hermano, así que ándese con tiento.

—No le gusta oír al verdad, ¿eh? Apostaría que le apretó demasiado las clavijas. Chantaje, Bannister. ¿Fue eso? ¡Dígalo! ¿Fue eso, por esta razón él decidió quitarse la vida? ¡Usted le presionó demasiado... tan pronto usted llegó a la ciudad él perdió la chaveta, le vieron tan...!

Nunca terminó. Le estrellé el puño en el mentón y salió volando hasta pegar contra la pared.

Lanzó un rugido, aturdido. Llevó con torpeza la mano a la axila. Fui hacia él y le clavé la punta del zapato entre las piernas. Esta vez saltó hasta el techo, aullando, bramando, y retorciéndose como un gusano cuando llegó al suelo.

Vi aparecer a dos hombres por la puerta. Bankrof aún luchaba por sacar su revólver. Lo consiguió al fin y entonces le pateé la cara sin misericordia.

Unas manos como zarpas me atraparon, zarandeándome para apartarme de él. Alguien estaba gritando y hasta entonces no descubrí que era yo.

Los dos policías de paisano se las vieron y desearon para mantenerme sujeto. Yo había perdido el control y sólo deseaba aplastar a aquel hijo de perra.

Cuando se incorporó a trompicones, su cara chorreaba sangre y apenas veía. Seguía aún doblado, las piernas apretadas, peleando

con el lacerante dolor que le ahogaba.

Uno de los que me sujetaba gruñó:

—¡Quieto, idiota! La ha hecho usted buena...

Dejé de forcejear.

Bankrof barbotó sin apenas voz:

—¡Póngale las esposas, sargento!

—¡Bastardo! —grité—. ¡Sucio bastardo del demonio!

—Le haré trizas... Bannister... se arrepentirá de... de haber salido de la cárcel...

—Está usted loco. Deberían encerrarle en un manicomio en lugar de darle una chapa...

El sargento bramó:

—¡Cállese! ¿Es que no puede tener cerrada la boca?

Me colocaron unas esposas. Bankrof se plantó ante mí. Tenía un revólver en la mano. Lo alzó por encima de su cabeza, listo para romperme el cráneo.

El sargento dio un salto y se interpuso entre los dos.

—¡Teniente! —gritó—. ¿Ha perdido la chaveta usted también o qué?

Bankrof titubeó. Por un instante pensé que iba a golpear al sargento. Luego, de pronto, se relajó, la cara convertida en una máscara sangrante.

—Tiene usted razón... ya me ocuparé de él en el sótano de jefatura. ¡Lléveselo de aquí!

—Será mejor que le vea un médico, teniente —dijo el sargento antes de empujarme hacia la puerta.

Ante el ascensor casi tropezamos con Cindy, que salía del aparato lívida y temblorosa. No tuvo tiempo de decir ni una palabra, porque me empujaron dentro y al cerrarse las puertas dejé de verla.

Puede decirse que ya estaba en camino de regreso al penal de San Quintín. Después de todo, Bankrof se había salido con la suya.

CAPÍTULO VII

Me golpeó y salí volando de la silla. La silla se estrelló contra la pared con un impacto estruendoso y él gruñó:

—Cuando termine con usted, basura de penal, habrán de recogerle con una pala.

Me levanté zumbándome la cabeza. El teniente seguía plantado junto a la mesa, los pies afianzados en el suelo, temblando de cólera. Un poco más allá, el sargento y un detective de paisano miraban la escena con caras como gárgolas. Yo hubiera jurado que aquello no les gustaba poco ni mucho, pero eso no era ningún consuelo para mí.

Miré al teniente y dije, hablando despacio, modulando bien lo que ya había repetido antes:

—Está usted loco, bastardo. Loco como un cencerro. Deberían meterle en un sanatorio y olvidarse de la llave...

Vino hacia mí a saltos, rugiendo. Esta vez pude esquivar el puñetazo, pero me pilló de refilón y fui dando tumbos hasta la pared. Hice casi tanto ruido como antes hiciera la silla.

El vociferó:

—¡Repítalo, hijo de perra! ¿Me oye? ¡Repítalo si tiene riñones para eso!

Lo repetí. Letra por letra, despacio, para que lo entendiera bien.

No podía creerlo. De nuevo se puso en marcha sacando espuma por la boca.

Antes que llegara hasta mí se abrió la puerta y alguien dijo:

—¿Teniente?

Se detuvo. Volvió la cabeza y miró al policía que asomaba.

—¿Qué le pasa a usted?

—Él capitán Hamilton quiere ver el detenido, teniente. Dice que lo lleve usted a su despacho.

—¿Ahora?

—Ha dicho «inmediatamente», señor.

Vomitó un sucio insulto entre dientes. Luego me miró.

Tenía los ojos desorbitados, y realmente parecía un loco furioso.

—¿Para qué lo quiere? —barbotó.

—No pensará usted que yo iba a preguntarle eso al capitán —rechinó el guardia.

De nuevo soltó una sarta de bárbaros insultos. El sargento carraspeó.

—Creo que sería bueno que no perdiera usted más tiempo, teniente. Ya conoce al capitán...

—¡Cierre el pico!

Lo cerró. Cualquiera no.

Me quedé esperando. Si en mi vida había deseado matar a alguien, era a ese energúmeno.

—Está bien, puerco —masculló—, andando. Más tarde acabaré lo que he empezado. Nadie te libraré del hospital, así sea lo último que haga en este mundo.

Me encaminé a la puerta. El sargento se apartó, dio un vistazo al teniente y se encogió de hombros, fastidiado.

Bankrof me escoltó rechinando los dientes. Llamó a una puerta y la empujó.

Entramos en un despacho espacioso. Detrás de una mesa cubierta de papeles y de teléfonos se sentaba un hombre corpulento, de cara rojiza y ojos vivos. Comenzaba a escasearle el cabello y eso no debía gustarle, a juzgar por el cuidado con que se lo peinaba.

De pie, vuelto de cara a la puerta, vi a un individuo alto, delgado, elegante, majestuoso, vestido con tanta elegancia, tan impecable, que más parecía un diplomático en acto de servicio que otra cosa.

El teniente farfulló:

—¿Y bien?

El hombre delgado me miró. El que estaba detrás de la mesa me miró. A ninguno de los dos pareció gustarles lo que veían. Yo sentía correrme un hilillo de sangre porta comisura de la boca.

—¿Le han golpeado, señor Bannister? —estalló por fin el delgado con pinta de diplomático.

—Sí.

El de la mesa rugió:

—¡Le advertí, teniente!

Bankrof rugió:

—¿No le advirtió a él, capitán? ¡Pues debió hacerlo, porque no me mató de milagro en las oficinas de Malloy!

—¡Silencio, teniente!

—¡Qué silencio ni qué...! Le haré pedazos, eso es lo que haré.

—¡Salga de aquí, Bankrof! Después me entenderé con usted.

El teniente vaciló. Pensé que iba a desobedecer aquella orden. Estaba fuera de sí.

Al fin, giró sobre los pies, rígido como una tabla, y abandonó el despacho.

Saqué el pañuelo y me limpié la sangre de la boca. Ya había cumplido su parte.

El capitán refunfuñó:

—Lamento lo sucedido, Bannister...

—Yo también.

El otro individuo dijo:

—Desde este momento está usted libre, señor Bannister. Soy el abogado Sorensen y represento sus intereses. He cambiado impresiones con el capitán Hamilton. Reconoce que hubo provocación grave por parte de ese teniente, cuando usted le agredió. En consecuencia, no será presentada ninguna acusación ante el tribunal. A partir de este momento no responderá usted a ninguna pregunta de ningún policía si no es en mi presencia. ¿Está usted de acuerdo, capitán?

Me pareció que el aludido no estaba muy conforme, pero gruñó:

—Ciertamente, señor Sorensen. Y me atrevo a sugerir que tampoco por parte de ustedes sea removido este desagradable... ¿incidente?

El abogado asintió. Yo seguía preguntándome de dónde demonios había salido aquel tipo.

—Vámonos, señor Bannister —dijo.

Me devolvieron todo lo que me habían quitado al llegar.

Una vez en la acera, el abogado suspiró.

—Bien, señor Bannister, creo que lo hemos hecho bastante bien después de todo.

—Demasiado bien. Viéndole a usted empiezo a preguntarme cómo espera usted cobrar. No creo estar en condiciones de pagar un

abogado de su talla.

Se echó a reír. Sacó una tarjeta y me la tendió.

—Llámeme siempre que se encuentre en apuros... aunque procure no meterse en ellos tan gratuitamente como esta vez. En cuanto a mis honorarios, no deben preocuparle. Ya han sido abonados.

Y se largó.

Me quedé helado, en mitad de la acera, incapaz de reaccionar ni de preguntarle nada hasta que ya estuvo demasiado lejos para hacerlo.

Entonces oí mi nombre y casi pegué un brinco, volviéndome.

Cindy me hacía señas desde la ventanilla de un brillante Lincoln negro, parado al lado de la acera, en un lugar prohibido. Delante del volante había un chófer rígido y quieto, parecido a una figura de cera.

Me aproximé al coche.

—Así que fue usted quien envió al diplomático.

—¿A quién? Oh, el bueno de Frank Sorensen... Sí, le llamé en cuanto vi que se lo llevaban detenido. Lo malo fue que no pude localizarle hasta casi una hora después. ¿Qué le han hecho, Grant?

—Apenas nada. No tuvieron tiempo.

Abrió la portezuela.

—Suba, tenemos que hablar...

Me instalé a su lado. El interior del coche parecía un salón de recibir.

Sin necesidad de instrucciones, el chófer arrancó y el largo acorazado comenzó a deslizarse, majestuoso, entre el tráfico.

—Bueno, Cindy. ¿Por qué lo hizo?

—Pensé que necesitaría usted ayuda... ¡Oh, al diablo con eso! La verdad es que no podía permitir que estuviera usted detenido, cuando tanto le necesitamos...

—Habla usted en plural.

Se turbó un instante.

—Dejemos eso —refunfuñó—. ¿Qué piensa usted de la muerte de Clive?

—¿Qué quiere que piense? Perdió la chaveta por alguna razón y se mató.

—No.

—¿Qué?

—El no se mató, Grant.

—Acláreme eso.

—Fue asesinado. Clive no se hubiera suicidado nunca, no era de esa clase. Y menos cuando estaba enfrascado en una lucha para desenmascarar a alguien... alguien que quería arrebatarse sus negocios.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por lo que él me dijo veladamente, y por lo que he hablado con papá.

—Y con sólo eso, usted ya tiene suficiente para afirmar que se trata de un asesinato...

—No necesito más. Yo le conocía muy bien, Grant, Le quería... como al mejor amigo que he tenido jamás. ¿Es que no quiere entenderlo? Clive era una persona encantadora, pero también era un luchador en sus negocios. No era de la clase de los que se suicidan a las primeras dificultades que salen en su camino.

—Ya veo...

—¿Cree ahora lo mismo que yo, que fue asesinado?

—Me parece que poco importa lo que yo crea. Lo que sería bueno es que supiera usted el nombre de quien le mató.

Se echó atrás en el asiento. Sacudió la cabeza.

—No lo sé, por supuesto —murmuró—. Por eso le necesito... quiero que el miserable que lo mató pague su crimen, Grant.

—¿Y espera que sea yo quien se lo haga pagar?

Me miró abiertamente.

—Sí.

—Está loca, muchacha. Soy un expresidiario, no Sherlock Holmes.

El coche se detuvo. Miré por la ventanilla y vi que estábamos en uno de los paseos de Mac Arthur Park.

El chófer abrió su puerta, y apeándose, se alejó unos pasos. Le vi encender un cigarrillo y quedarse a distancia del coche.

—¿Todo esto lo ha planeado usted?

—Sí, quería estar a solas con usted, Grant.

—¿Para qué?

—Hablé con papá. El dice que Clive tenía una entrevista con alguien importante. Canceló todas sus otras actividades para recibir

a ese hombre. Después, ya nadie volvió a verlo con vida.

—¿Y ese hombre...?

—Nadie sabe quién era.

—Vayamos por partes. ¿Qué visitas recibió durante el día, lo sabe usted?

—Según dice mi padre, estuvo hablando con uno de sus abogados, que llegó acompañado de un notario público. Permanecieron reunidos más de una hora. En ese tiempo, sólo su secretaria personal entró en una ocasión.

—¿Y después?

—Lo canceló todo. Sólo pudo verle ese desconocido.

—Alguien debió anunciar su visita, alguien debió verle...

—No, porque entró y salió por la puerta del despacho que comunica directamente con el rellano de los ascensores privados.

Encendí un cigarrillo y traté de poner orden a todo aquello. Sentía la muchacha a mi lado como si su proximidad me envolviera, fundida con el aroma de su perfume, con la fragancia juvenil que se desprendía de su cuerpo prieto y sinuoso.

—Llame a su chófer, me parece que debemos hacer una visita a esas oficinas.

—¿A estas horas?

—Su padre puede arreglarlo.

Asintió. Pero antes de llamar al chófer susurró:

—Sabía que lo haría usted, Grant. Estaba segura que podía confiar en su lealtad para con Clive.

Se inclinó hacia mí y sentí sus labios contra los míos.

En el primer instante no reaccioné. Aquella muñeca elegante y sofisticada estaba tan fuera de mi alcance como las estrellas, no se parecía en nada a Sally.

Luego, ya no hubo distancias ni nada que se interpusiera. Me negué a pensar y rodeándola con mis brazos la estreché con violencia. Abrí su boca con la lengua y el beso se convirtió en una hoguera rugiente que amenazaba con inundarme de fuego las entrañas. No pude controlarme durante unos instantes porque el deseo aullaba dentro de mí sus exigencias. Tuve una erección casi dolorosa de tan violenta.

Ella sacudió la cara jadeando, luchando por respirar.

Desde una distancia de media pulgada me miró a los ojos.

—Grant... —jadeó.

—Tú lo buscaste.

—Ya lo sé, tú no te hubieras atrevido nunca conmigo. ¿Sientes lo mismo que yo?

—Antes quisiera saber qué sientes.

Sentí sus dedos deslizarse por mi muslo. Luego, atraparon lo que buscaban y ella sonrió.

—Sí lo sientes —susurró, quemándose con su aliento caliente—. Sientes lo mismo...

Volví a aplastar su boca. Estuve a punto de olvidar que estábamos en un coche, y en un lugar público. No fue fácil contener el bárbaro impulso que me empujaba a poseerla allí mismo...

Al fin, tras estabilizar un poco sus ropas y su peinado, llamó al chófer y nos encaminamos al despacho del pobre Clive.

CAPÍTULO VIII

El padre de Cindy parecía menos altivo que de costumbre, aunque su frialdad hacia mí no había variado.

Abrió la puerta del despacho de Clive y encendió las luces.

—No comprendo qué espera usted ver aquí —refunfuñó de mal talante—. La policía lo revolió todo, sacaron huellas y fotografías... ¿Se cree más hábil que ellos?

Ni siquiera repliqué. Di la vuelta a la mesa. Las manchas rojizas de la sangre se mezclaban con otra de un color que daba náuseas. Todo aquello era parte de la cabeza del que fuera mi mejor amigo.

Aparté la mirada de ellas y la centré en lo que llenaba la mesa. Había grandes libros de contabilidad y montones de papeles revueltos.

—¿Qué es todo eso? —indagué.

—Clive había pedido que le trajeran los resúmenes.

—¿Puede ser un poco más explícito?

—Digamos... Bueno, ésta es la contabilidad de las contabilidades, para decirlo de algún modo. Algo estrictamente confidencial.

—Ya veo...

—Sólo él, yo y los dos directores generales teníamos acceso a ella, pero siempre con el visto bueno de Clive. Ninguno por sí solo podía manejarla.

—Entiendo. Y murió cuando la examinaba, ¿eh?

Se puso pálido.

—Su comentario insinúa algo monstruoso, señor Bannister —rezongó.

—Yo no insinúo nada. Constato un hecho. Por teléfono me dijo algo que ahora adquiere cierto significado... Es como para pensar que él sospechaba de que alguien de dentro, alguien muy poderoso dentro de la corporación, era quien estaba creándole dificultades.

Dijo que esto se había acabado y que para cuando yo le viera, a las seis, ya habría hablado con ese granuja. Sólo que a las seis ya estaba muerto.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

El teléfono sonó. Nos miramos desconcertados, porque a esas horas de la noche no hay oficinas en ninguna parte.

Él lo descolgó. Escuchó un instante y dijo:

—Por supuesto, Claire... Sí, naturalmente que le conozco, está aquí en este momento... ¿Qué? Claro que no había nadie. Nosotros acabamos de llegar. ¿En tu casa? Me parece bien, pero me gustaría que me adelantaras algo... ¿Oh...? Bueno, bueno, esperaré. Hasta ahora.

Colgó y se quedó mirándome.

—El abogado Claire Fields desea que vayamos a su casa, Bannister.

—¿Quién es ese abogado?

—Trabaja para la corporación, pero además era el consejero personal de Clive.

—Está bien.

Mientras descendíamos en el ascensor él remachó:

—Fields y un notario público estuvieron reunidos con Clive durante una hora, poco antes de su muerte.

—Eso me contó Cindy.

La noche era cálida, oscura y estrellada, pero al abandonar el impresionante edificio sentí un frío glacial en los huesos. Aquella había sido la tumba del único hombre en el mundo por el que me hubiera dejado cortar la cabeza.

Ese abogado sabía vivir. Tenía una casa impresionante, una mujer que era todo un espectáculo, y un *whisky* del que uno no puede saborear a menos de ganar mucho más de lo que yo había ganado en mi vida.

Nos recibió como si estuviera encantado de que le visitara un expresidiario a las tantas de la noche. Su mujer estuvo encantadora en todo momento, mientras bebíamos unos tragos para romper el hielo.

Después, y cuando ya nos hubo presentado al notario público, que se llamaba Herman Anders, entramos en un elegante despacho

amueblado como un estudio de trabajo. Esperó a que su mujer cerrara la puerta, quedándose fuera, y tras ofrecer cigarrillos a todos los que estábamos allí empezó:

—Como ustedes ya deben saber, el señor Anders y yo mismo sostuvimos una larga entrevista con el pobre Clive Malloy, esta mañana...

Nadie dijo nada. Nos miró, esbozó una sonrisa y añadió:

—En aquel momento ni yo ni mi amigo Anders podíamos sospechar que los temores de Clive iban a verse cumplidos tan pronto.

Di un respingo, asombrado:

—¿Temores? —exclamé—. ¿Quiere decir...?

—El nos explicó el atentado de que fue usted víctima anoche, los pormenores del coche y todo lo demás. En resumen, que pensaba al respecto que el atentado iba dirigido contra él.

—Yo mismo le dije eso por teléfono, para que viviera prevenido...

—También nos informó de que coincidía usted con su idea. En consecuencia, Clive había decidido hacer testamento por si en otro intento los asesinos tenían más... este... acierto. Lo que ni Anders ni yo podíamos sospechar es que él mismo se quitase la vida de ese modo absurdo.

Cindy abrió la boca. Le hice una seña y volvió a cerrarla sin hablar.

El abogado apagó su cigarrillo y echándose atrás en la butaca prosiguió:

—Me pidió consejo legal sobre el mejor modo de testar. Estuvimos examinando la cuestión con todo detalle, con la ayuda de Herman Anders y al fin, sin la menor dificultad, redactó y firmó un testamento. Su secretaria y yo mismo firmamos como testigos.

El padre de Cindy contuvo el aliento. La muchacha parecía muy intrigada y yo no lo estaba menos.

Al fin, Hardeman no pudo contenerse por más tiempo y estalló:

—Está bien, Claire. ¿Vas a hablarnos del testamento de una vez o no? Entiendo que nos has hecho venir aquí por este motivo, así que no veo a qué conducen tantas reticencias.

El abogado se encogió de hombros.

—El testamento es cosa de Anders...

Todos miramos al silencioso notario. Cachazudamente, éste abrió un portafolios y sacó unas hojas de papel grueso escritos a mano.

—Éste es un testamento autógrafo, escrito por propia mano por el señor Malloy, asesorado por mí en la redacción. Si lo desean podemos leer los preliminares, pero de todos modos sacaré copias para todos... Lo más importante, a mi entender, es saber cómo dispone de sus bienes para después de su muerte.

Hardeman casi daba saltos.

—¿Y bien...? —Le acució.

—Respetando los contratos con sus asociados, uno de los cuales es usted, amigo Hardeman, lega todos sus bienes muebles e inmuebles, financieros, líquido de sus cuentas corrientes y acciones depositadas en los distintos Bancos; así mismo la casa de Hollywood Hills, los coches y el yate, todo ello libre de cargas, a una sola persona...

—¿A quién, por el amor de Dios? —gritó Hardeman.

—Al señor Grant Bannister.

Noté cómo me quedaba con la boca abierta, mirándole como si viera un aparecido de otra dimensión.

El abogado tenía una ligera sonrisa en la cara.

Cindy estaba casi tan rígida como yo, y su padre se había quedado lívido.

Al fin pude tragar aire y cerré la boca.

—Tratándose de un notario —dije con voz débil—, no puedo creer que se trate de una broma...

—En absoluto, naturalmente. Usted es el único heredero legal de Clive Malloy. El señor Malloy no tenía familia desde que murió su madre.

—A pesar de todo no puedo creerlo...

—Habrà de aceptar la idea, señor Bannister —dijo el abogado—, yo firmé como testigo. Y aprovechándome de mi posición, le sugiero que, por lo menos en esos primeros tiempos, me permita asistirle legalmente. Manejar la corporación que Clive Malloy había creado es una tarea muy complicada.

—Desde luego...

El notario se guardó los papeles. Dijo:

—Hay un sinfín de trámites a cumplir, señor Bannister. Espero

verle mañana en mi oficina. Para entonces podré hacerle entrega de una copia registrada del testamento y pondremos en marcha los mecanismos para que entre en posesión de la herencia. Si en ese ínterin necesita alguna ayuda, no dude en pedírmela, especialmente si se trata de dinero.

—Estoy desconcertado, hecho un verdadero lío...

—Es muy comprensible.

Estrechó mi mano, saludó a Hardeman y a Cindy y se largó como si de repente le hubieran entrado unas prisas endiabladas.

El abogado comentó:

—Imagino que ha sido un golpe, ¿no es así, Bannister?

—Eso es decir poco.

Encendió un cigarrillo y nos sirvió nuevas bebidas a todos. Luego carraspeó, como buscando decisión para decir algo.

Al fin se decidió.

—Quisiera saber si alguno de ustedes ha llegado a la misma conclusión que yo...

Cindy no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Se refiere a que Clive no se suicidó?

—Exacto. ¿Ustedes tampoco lo creen?

Ella me miró, como interrogándome. Negué con la cabeza. El abogado suspiró:

—Yo no lo creeré nunca. Al hablar con él por la mañana le vimos dispuestos a luchar, a «desenmascarar» al hombre que le traicionaba. Un hombre en estas condiciones, furioso y dispuesto a llegar al fondo de un asunto tan grave, no se pega un tiro pocas horas después.

Estuvimos discutiendo un rato sobre eso. El tampoco tenía ni la más ligera idea de la identidad del asesino, naturalmente, pero se ofreció a aportar su ayuda para descubrirlo. En cuanto a recurrir a la policía con nuestras sospechas, él mismo llegó a la conclusión de que no serviría de nada sin aportar ni la más mínima prueba.

Por mi parte, yo no quería meter a la policía en el asunto. Si Clive había sido asesinado, el criminal ya estaba sentenciado por adelantado, y la sentencia era de muerte.

Cuando la reunión terminó yo deseaba acompañar a Cindy, pero su padre fue un obstáculo insalvable. Eran casi las dos de la madrugada y ni siquiera ella pudo encontrar una excusa válida para

pasar la noche fuera de su casa.

Luego, cuando quedé solo, llegué a la conclusión de que era mejor así. Los amargos posos de seis años de ira y frustración aún rebosaban dentro de mí, como demonios encadenados. Soltarlos encima de una muchacha joven, inexperta y, quizá, hasta ilusionada, me pareció entonces una barbaridad.

Pero los demonios estaban allí, rugiendo de deseo, sacudiendo las cadenas. Cambié de rumbo y me dirigí en busca de Sally...

CAPÍTULO IX

Yacíamos uno al lado del otro, desnudos, a oscuras. Sólo el aura luminosa de las luces de la calle penetrando por la ventana me permitía ver el contorno sólido de su cuerpo dorado.

Se removió de pronto, dejando reposar su cabeza sobre mi pecho. La catarata dorada de sus cabellos me cosquilleó la piel.

—¿Grant? —susurró.

—Aún estoy aquí.

—Te quiero.

—Claro. Yo también te quiero a ti.

—No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No te quiero sólo para acostarme contigo.

—Entonces, ¿qué?

—Es algo muy raro. No me había sucedido nunca.

No repliqué. Muchas cosas estaban sucediendo a mi alrededor que no habían sucedido nunca antes, empezando por el hecho de haberme convertido en un hombre rico de la noche a la mañana...

—¿No tienes nada que decir? —insistió.

—Estaba pensando...

Dio la vuelta, apoyándose sobre un codo, inclinada sobre mí. Sus cabellos seguían haciéndome cosquillas. Luego ya no pensé en sus cabellos porque era su boca la que cosquilleaba la mía, buscando encender una vez más el fuego del deseo.

Suspiró al sentir mis caricias en su cuerpo. Después, irguiéndose, me miró con chispas en sus ojos. Se apoyó sobre las manos y vi llegar sus senos coronados por las rosas de los pezones. Emitió un quejido cuando sintió sobre ellos mis besos y al fin, con violencia, se dejó desplomar sobre mí. Fue otra experiencia, como si fuera ella quien me poseyera con el delirio del largo éxtasis, de la llameante sensación de fundirnos en un solo cuerpo, en una sola vida.

Volvimos a quedar inmóviles después, abrazados, con su peso sobre mí, jadeando los dos.

Un «siglo» más tarde murmuró:

—Ahora ya estoy segura respecto a ti.

—¿Y adonde nos lleva eso?

—Voy a ser sólo tuya de ahora en adelante. Ya no soportaría que ningún otro hombre pusiera sus manos en mi piel.

—Eso suena bien... ¿Han habido muchos?

—No, muchos no. Dos... quizá. Y el último. El peor.

—El último soy yo.

—No seas tonto. El último es Vito Morione.

Pegué un salto en la cama. No pude evitarlo y casi la arrojé a ella al suelo.

—¿Morione? —exclamé, estupefacto.

—¿Qué sabes de él?

—Lo que se comentaba en la cárcel, que es el gran buitre de la Costa.

—Es peor que eso. Un bastardo hijo de perra, con los sentimientos de un chagal.

—Y tú eres su chica... Debes estar loca. ¿Sabes a lo que te arriesgas acostándote conmigo?

Me miró acusadoramente.

—¿Te preocupas por mí... o por lo que pudiera sucederte a ti?

—No lo entiendes, nena. Yo sé cuidar de mí mismo, incluso con un chagal como Vito Morione. Pero tú...

—Quiero dejarle, Grant.

—Y él, ¿permitirá que le dejes?

—No. Nunca. Es una mala bestia... y yo soy de su exclusiva propiedad. Pero tú me ayudarás, querido...

Era lo único que me faltaba.

—¿Dónde entra aquí Sam Gurney? —pregunté con cautela.

—Es su ayudante, su lugarteniente, su mano derecha, puedes llamarlo como quieras.

—De modo que el trabajo que me ofreció...

—En realidad, habrías trabajado para Morione.

—Es todo un panorama, linda. ¡Maldita sea, en qué lío me he metido!

—¿Eso es lo único que te preocupa?

—Me preocupas tú también.

—Entonces, Grant, ¿me quieres?

Era su idea fija. Yo no sabía si la quería o no, lo que sí era cierto era que la necesitaba. Con ella sentía llamas en la sangre, y un goce brutal que comenzaba a resarcirme de tantos años de abstinencia y frustración.

—Te ayudaré —dije rechinando los dientes—. No sé cómo aún, pero algo se me ocurrirá.

Me abrazó, entusiasmada. Su boca volvió a las andadas y de este modo supo recompensar mi comprensión. Hizo un trabajo tan completo que quedé exhausto y dormido como un niño y no desperté hasta que el sol me pegó en los ojos.

Para entonces, ella había preparado el desayuno y, si había una mujer feliz en este podrido mundo, sin duda era Sally.

Iba a ser una felicidad muy breve de todos modos...

La cabeza me daba vueltas cuando entré en el impresionante complejo de oficinas que pertenecieran a Clive.

Acababa de tener una sesión de tres horas con el notario. Dos horas más habían pasado visitando en su compañía a un administrador de bienes raíces que manejaba intereses de Clive Malloy, y luego aún habíamos visitado distintos Bancos. Y era sólo el principio de un delirante mundo al que apenas había asomado la nariz.

Así que cuando caí en manos de Hardeman, en las oficinas, estaba hecho un lío de todos los demonios.

—¡Ya era hora, Bannister! —exclamó—. Todos están impacientes por conocerle.

—¿Quiénes son «todos»?

—Los directores generales, los administradores, y por supuesto, el personal...

—¿Les ha puesto en antecedentes?

—Claro, era mi deber. ¿No lo cree usted así?

Me encogí de hombros. Le seguí hasta una inmensa sala de juntas. Había una larga mesa y confortables butacas a ambos lados de ella. Sólo en uno de los extremos había un asiento semejante a un trono de cuero negro.

Hardeman habló por un interfono, y unos minutos después empezaron a entrar los altos ejecutivos de la corporación.

El padre de Cindy los presentó uno a uno. Eran hombres relativamente jóvenes, impecables, estirados. Parecían incluso asexuados de tan eficientes.

Hube de improvisar un brevísimo discurso. No creo que les pareciera siquiera ingenioso, aunque se guardaron bien de expresar ningún sentimiento en sus caras de gárgolas. Después, Hardeman habló en nombre de todos brindándome su más sincera colaboración.

—Como se la prestamos al pobre Clive durante tantos años — terminó, compungido.

Encendí un cigarrillo. Luego dije:

—Voy a necesitar su ayuda si he de entender algo de todo este laberinto. Pero de momento me preocupa otro asunto...

Todos me miraron intrigados, con un interés controlado y correcto.

—Me gustaría saber quién mató al señor Malloy.

La mayoría se levantaron de un brinco. Otros lo hicieron despacio, como si sus piernas apenas pudieran sostenerles. Hardeman se quedó blanco, y los demás empezaron a mirarse entre ellos con un asombro absoluto.

Pero nadie dijo una palabra, así que añadí:

—Yo no creo que Clive fuera un suicida. No creo que se matara. En cambio, estoy íntimamente convencido de que fue asesinado por alguien que posiblemente esté en esta sala en este momento.

Entonces sí reaccionaron. Empezaron a protestar todos a la vez, con lo que no se entendió nada. Callaron de golpe, para volver a protestar todos al mismo tiempo.

Esperé, fumando y paseando la mirada por encima de la reunión.

Callaron nuevamente cuando se dieron cuenta de que hablando todos al mismo tiempo no iban a llegar a ninguna parte.

Hasta que al fin uno de ellos dijo:

—¡Protestamos enérgicamente por esta insultante insinuación, señor Bannister! No creemos ser merecedores de una tan criminal sospecha...

—No en conjunto, por supuesto. Cuando descubra al verdadero culpable ofreceré mis sinceras excusas a todos los demás.

Hardeman se aclaró la garganta. Su voz era ronca y tensa

cuando barbotó:

—Creo que no es ése el mejor sistema para conseguir la fiel colaboración de sus directivos, Bannister.

—No he venido aquí para ganar un concurso de popularidad, Hardeman. Ahora creo que cada uno sabe a qué atenerse, así que empezaremos a trabajar en serio. ¿Recogió usted los libros de contabilidad que vimos anoche en el despacho de Clive?

—Naturalmente. Están en la caja fuerte —gruñó Hardeman.

—Muy bien, llévelos al despacho otra vez. A partir de ahora será «mí» despacho, si nadie tiene inconveniente.

Les dejé allí, murmurando, y me dirigí a la oficina que iba a ser la mía, mientras estuviera metido en ese embrollo. Una mujer de unos cuarenta años, aún atractiva y elegante, se levantó de su sillón a mi paso.

—¿Señor Bannister? —exclamó.

—¿Sí...?

—Soy Melisa Brown, la secretaria del desgraciado señor Malloy...

—Me alegro de conocerla. Voy a necesitar su ayuda, señorita Brown.

Me siguió y cerró la puerta cuando estuvimos en el despacho privado. Lo habían limpiado concienzudamente. No había el menor rastro del drama.

Le hice señas de que se sentara y descolgando el teléfono llamé al abogado Fields.

Cuando oí su voz me identifiqué.

—¿Hizo usted las averiguaciones de que hablamos esta mañana?

—Seguro, señor Bannister. Hablé con el capitán Hamilton. La pistola con que se supone que Clive se mató le pertenecía. Estaba registrada a su nombre desde hace un par de años.

—Gracias, Fields.

—¿Le sirve de algo saber eso?

—Aún no lo sé.

—Llámemme a cualquier hora.

Colgué. La secretaria esperaba, rígida en el asiento. Le sonreí.

—Espero no defraudarla —dije—. Ya sé que voy a cometer muchos errores. Le confieso que no entiendo nada de negocios, así que habrá de echarme más de una mano.

Sonrió por primera vez.

—Puede contar conmigo, señor Bannister.

—Para empezar, hableme de la pistola.

Dio un respingo.

—¿De qué?

—La pistola, ya sabe. La que mató a Clive. Yo la vi encima de esta mesa. Según la policía pertenecía a Clive Malloy desde hace años. ¿Sabe usted si la guardaba aquí, en el despacho?

—En la caja fuerte.

—¿En qué caja?

Señaló la pared. Había un hermoso cuadro surrealista. Fue hacia él y empujándolo lo hizo girar como una puerta.

Detrás, apareció la redonda caja de caudales.

Desde allí explicó:

—Hace tiempo, la guardaba en un cajón de la mesa... en el del centro. Me ponía nerviosa verla cada vez que lo abría, así que un día se lo dije. Se echó a reír y accedió a guardarla en la caja desde entonces.

—Entiendo. ¿Quién tiene la combinación de ese chisme?

—Yo.

—¿Nadie más?

—Nadie en absoluto. Bueno, excepto el señor Malloy. Era «su» caja privada.

—De modo que nadie pudo sacar la pistola de ahí sin que él lo supiera.

—Nadie, señor Bannister.

—Es lo que imaginaba.

—Temo que no le comprendo...

—Clive sacó la pistola de la caja para tenerla a mano. Temía a su visitante. Además, sabía que alguien intentaba matarle... No pudo ser de otro modo.

Me miró sin comprender. Luego, cuando empezó a barruntar lo que yo pensaba, sus ojos se desorbitaron, pero antes que pudiera hablar llamaron a la puerta y entraron Hardeman y otro de los que ya conocía, cargados con los libros.

Hardeman dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que se propone realmente, Bannister. No olvide que, aunque sólo en una faceta de la

corporación, ahora somos socios.

—Se lo diré cuando yo mismo esté seguro. ¿Ésos son los dos libros de esa contabilidad de contabilidades de que me habló?

—Ciertamente. El señor Sebring, como director general de la División de Contabilidad, podrá asesorarle.

Sebring asintió, sombrío.

—Le llamaré más tarde. Ahora quisiera quedarme solo si no tienen inconveniente.

No lo tenían, al menos aparentemente, así que desfilaren hacia la puerta con la secretaria cerrando la marcha.

Durante el resto de la tarde me enfrasqué en el examen de aquellos libracos. Si no hubiera estado convencido de que en cuanto a matemáticas yo era una nulidad, aquellos libros me hubieran apabullado. Realmente, no entendí una maldita cosa.

Era muy tarde ya cuando salía a la superficie, después de buscar en aquel mar de cifras. Llamé a la secretaria.

—¿Sabe si el señor Hardeman se encuentra aquí aún?

—Lo preguntaré.

—Si puede localizarle, dígame que me gustaría verle un momento, antes de que se vaya.

Asintió y volví a quedar solo.

Llamé de nuevo al abogado por teléfono. Pareció alegrarse de oírme. Excepto la secretaria, era el único.

—Necesito que localice a un perito jurado de cuentas, señor Fields —le pedí—. Alguien en quien podamos confiar.

—De acuerdo, Bannister. Parece que se ha metido a fondo en el negocio.

—Aún no estoy muy seguro del lío en que me he metido.

—¿Ha descubierto algo más sobre la muerte de Clive?

—Aún no.

—¿Y esa pistola...?

—La guardaba en su caja fuerte.

—De modo que debió sacarla él, ¿no cree?

—Seguro. Pero Clive era un hombre de negocios, no un pistolero. Pudo cometer un error, un descuido cualquiera, y su visitante se le anticipó. Ya hablaremos de eso.

—Muy bien. ¡Ah, otra cosa! Acabo de hablar con el ama de llaves de la casa de Hollywood Hills poniéndola al corriente de la

situación. Por el momento, y hasta que usted decida algo al respecto, ella y los otros empleados seguirán en sus puestos.

—Gracias. Iré a hablar con ellos cuando disponga de un momento.

—Caray, puede instalarse allí esta misma noche si quiere, Bannister.

—Esas cosas requieren tiempo. Gracias otra vez.

Colgué. La secretaria regresó anunciando que Hardeman ya no estaba en el edificio. En realidad, apenas si quedábamos nadie más que ella y yo. Pregunté por Sebring y la respuesta fue la misma.

De modo que me rendí. Guardé los libros en la reducida caja fuerte, dejando para otro día el examen de los documentos que contenía, y yo también abandoné aquella colmena desierta.

Cuando llegué al hotel dispuesto a hacer las maletas, el teléfono estaba sonando en mi cuarto. Sally parecía muy nerviosa cuando me dijo que el gran buitre había llegado y que deseaba verme.

—Casi lo había olvidado —exclamé—. ¿Cuándo?

—Esta noche. ¿Podrás encontrar la casa de Gurney?

—Seguro.

—Te veré allí, Grant. Y ten cuidado... Ya sabes, de lo nuestro, nada todavía. Deja que yo prepare el terreno.

—De acuerdo, encanto. Cuídate.

Colgué.

Ya no volví a ver viva a Sally.

CAPÍTULO X

Sam Gurney sonrió con toda su boca al verme. Su sonrisa de oreja a oreja volvió a parecerme una extraña mueca.

—Bueno, te has hecho esperar —se quejó mientras me llevaba a la especie de despacho que ya conocía—. Sally dijo que te había avisado a última hora de la tarde.

—Tenía cosas que hacer.

Había dos hombres más allí, esperando. A uno ya le conocía, era el tipejo delgado, con cara de tuberculoso. El otro resultaba casi una bola de grasa, redondo desde cualquier lado que se le mirara. Tenía una cabeza grande sobre los hombros y casi carecía de cuello.

—Así que tú eres Grant Bannister —cacareó con voz desagradable.

—Sí.

—Yo soy Vito Morione.

—He oído hablar de usted.

—¿Dónde?

—En la cárcel.

Se echó a reír. Su risa semejó el graznido de un cuervo.

—Tengo muchos amigos allí dentro —dijo—. No son tan listos como yo. Por eso están allí.

Volvió a reírse.

Gurney carraspeó.

—Le hablé de ti al señor Morione, Grant. El también conoce tu historia...

Morione le hizo callar con un gesto.

—Eres un gran tipo, Grant —apoyó su enorme trasero sobre la mesa de despacho y se quedó mirándome con sus ojillos de serpiente—. Sé que durante mucho tiempo navegaste por tu cuenta con un trasto viejo, llevando armas a los movimientos guerrilleros del sur. Un negocio más bien ruinoso, ¿no es cierto?

—Ganaba lo suficiente. Y me gustaba el trabajo.

—¡Una miseria! Nosotros vamos a hacerlo en grande. Cien toneladas cada viaje. Armas modernas, vendidas a precio de oro.

—Espere un minuto...

—¿No te interesa el negocio acaso?

Había un mortal sarcasmo en su voz. Aquello empezó a preocuparme.

—Encontré otro trabajo, Morione.

—¡No me digas!

Gurney se echó a reír.

—Eres un tipo muy activo, Grant. ¿Qué trabajo es ése, sepulturero?

Les observé, intrigado. Un cólera sorda comenzó a invadirme.

—Si quieren reírse de alguien —dije—, acuérdense de su madre. Ustedes me llamaron, me ofrecieron un trabajo y después de pensarlo no me conviene. ¿Qué hay de malo en esto?

—Nada, Grant, nada —rechinó Morione—. Mencioné antes la clase de negocio para que vieras lo que te pierdes.

—¿Cómo sabía que iba a rechazarlo?

—No sabía si lo rechazarías o no. Pero estaba seguro que no trabajarías para mí, hijo de perra.

—¿A qué viene eso...?

No oí siquiera llegar al tuberculoso. Me golpeó por detrás y un estallido de dolor me lanzó dando tumbos contra la pared.

Sacudí la cabeza, aturdido. Sentía un dolor punzante y terrible detrás de la oreja.

Al volverme les vi allí, parados, mirándome como si yo fuera un espectáculo reconfortante.

El tuberculoso balanceaba en la mano la pistola con la que me había sacudido.

Vito Morione gruñó:

—Eso es sólo una muestra, bastardo. Cuando revientes lo harás hecho pedazos.

La comprensión me golpeó como un mazo.

¡Sally!

Sólo podía ser ella la causa de ese absurdo.

No obstante aún intenté ganar tiempo, con la secreta esperanza de equivocarme.

—¿Por qué? —grazné con voz débil—. Alguien debe haberse vuelto loco... ¿A qué viene eso de golpearme?

—Díselo, Craddock.

El tuberculoso se aclaró la garganta.

—Se dedicó a revolcarse en la cama con Sally. Incluso pasó toda una noche con ella, tal como ya le informé, patrón.

—Craddock cuidaba de mi chica, Bannister —dijo el gran sapo—. Siempre vigilo aquello que me pertenece. Lo vigilo muy de cerca.

—Eres una repugnante babosa, Morione. Una basura sucia y pestilente.

—Sí, bueno, pero no soy idiota, lo que tú no puedes decir. Así que ibas a ayudarla a mandarme al diablo. Tú podrías manejar a un tipo como Morione, ¿eh? ¡Qué héroe! ¡Ya lo estás demostrando!

—Sabes hasta lo que hablamos...

—Hay micrófonos en su apartamento. Y en otros lugares, por supuesto. Un hombre como yo necesita estar enterado de cuanto le rodea. Además, ella me lo contó todo... cuando se lo pregunté.

Casi di un salto en el aire.

—¿Dónde está ahora? —Exclamé—. ¿Qué diablo hiciste con ella, hijo de una cerda?

—¿Craddock?

De nuevo me pilló desprevenido, absorto en insultar a la babosa.

Esta vez el golpe me cazó de un lado de la cara y sentí como si me rompiera el pómulo. Grité de dolor y caí sacudido por las náuseas.

El enfermizo me sacudió un par de puntapiés. No pudo acertar mi entrepierna porque me enrosqué como un gusano, pero aun así nuevas oleadas de dolor me envolvieron, ahogándome.

Oí reír a Morione. Sam Gurney reía y sus voces parecían llegar de muy lejos.

—Ayúdale a levantarse, Craddock —ordenó el gordo.

La tierna ayuda consistió en otro puntapié que retumbó contra mis costillas. Me levanté con todo dando vueltas a mi alrededor. Me apoyé en una silla y necesité una eternidad para salir de aquel pozo de dolor.

Craddock rechinó:

—No vuelvas a insultar al señor Morione, desgraciado, o te

cortaré en pedazos.

—Llévale a que la vea —dijo Morione—. Después no quiero volver a verlo. Sólo tómame tiempo para acabar con él... mucho tiempo.

—De acuerdo, patrón.

Me empujó hacia la puerta. Mis piernas comenzaron a recobrar la estabilidad y pude caminar sin que él necesitara empujarme por un largo pasillo.

—Párate ahí, desgraciado —barbotó el pistolero.

Sentí su pistola hurgándome la espalda a la altura de los riñones.

—Esa puerta de ahí delante. Ábrela y entra. Yo te sigo y la pistola también.

Obedecí.

Era una habitación reducida, con cajas de cartón vacías, trastos y polvo.

Y Sally.

Sentí cómo los pelos se me ponían de punta, incapaz de asimilar tanto horror.

Estaba desnuda, tirada sobre el polvo. De la belleza de su cuerpo no quedaba nada, excepto, quizá, el recuerdo.

No comprendí lo que habían hecho con ella hasta que mi mirada se fijó en sus senos, y en las plantas de sus pies. Los tenía abrasados.

Detrás de mí, Craddock dijo como si la cosa le divirtiera:

—Fue con un soplete, ¿entiendes, gran tipo?

Empecé a temblar. Le habían quemado todo el cuerpo y apenas si había sangre en aquel negro amasijo de carne convulsionada.

El temblor se hizo tan violento como si fueran a descoyuntarse todos los huesos de mi cuerpo. Craddock volvió a reír, apretándome la espalda con su pistola.

—Nadie se burla del señor Morione, desgraciado —me explicó—. Y menos su chica... aunque yo siempre supe que no era más que una zorra caliente...

Giré como un torbellino, sacudido por la locura desatada del odio, de la ira, de la cólera desencadenada.

En la cárcel se aprenden muchos trucos si uno es un buen alumno, y yo había aprendido a sobrevivir entre los peores asesinos del mundo.

Al girar mi mano le golpeó, mientras con mi otro brazo apartaba

su arma a un lado. El disparó, claro que disparó, pero la bala pasó junto a mi costado y luego ya no pudo repetirlo.

Le hundí la rodilla entre las piernas, levantándolo en vilo. Al mismo tiempo atrapé su muñeca armada mientras él boqueaba, ahogándose por el dolor.

Por un instante nos miramos fijamente. El forcejeaba, pero estaba demasiado débil para mí. Comencé a doblarle la mano en que empuñaba la pistola. En alguna parte se oían los pasos de los otros que acudían.

El vio el negro agujero ante su cara y dejó de preocuparse por respirar. Ahora ya sólo se preocupó de seguir viviendo.

Apoyé mi dedo sobre el suyo. Apreté más y más, venciendo su enloquecida resistencia. Luego, de pronto, la pistola tronó y su cara se convirtió en un volcán rojo. Se astilló, reventó materialmente bajo el bárbaro impacto del plomo de la «45» Magnum con que había intentado liquidarme a mí.

Se la quité de los dedos cuando se desplomaba.

Justo a tiempo. Sam Gurney apareció en el pasillo trotando y jadeando. Detrás de él resoplaba el gordo.

Gurney se paró en seco al ver desplomarse a Craddock. Empuñaba un revólver, pero ni siquiera llegó a disparar.

Le metí un plomo en la barriga y el tremendo empuje de la bala le hizo saltar hacia atrás, doblándose y aullando. Golpeó contra Morione, estorbando sus movimientos antes de caer rodando, sin dejar de chillar.

Morione quiso hacer demasiadas cosas a la vez. Quiso disparar contra mí, y lo hizo alocadamente. Quiso librarse del estorbo de su socio que berreaba, y quiso dar media vuelta con toda su enorme humanidad temblando como un flan.

La primera bala le alcanzó en una pierna, tirándole de bruces. La segunda casi le arrancó de cuajo el brazo derecho.

Gurney ladeó la cabeza y trató de verme por entre el turbio velo de sus ojos. Le pateé la cara y dejó de interesarse por mí, mientras la sangre formaba un gran charco debajo de su cuerpo.

Me incliné sobre el gordo.

—¿Morione?

Parpadeó, chillando de dolor. Le pisé el brazo derecho y soltó un rugido infrahumano mientras los ojos parecían a punto de saltarle

de la cara.

—Así que la abrasaste, ¿eh?

Volvió a quejarse con toda la voz que pudo hallar cuando retorció su brazo astillado bajo mi pie.

—Bueno, ella está muerta y ya no le importará el modo cómo la entierren... pero a ti sí, porque aún vives.

—¡Bannister...!

—¿Qué?

—Cien mil... dólares si... si me sacas de aquí... si llamas a mi médico...

—Puedes comerte tu dinero, gordo.

Arranqué los cortinajes y saqué las cajas de cartón al pasillo. Amontoné algunos muebles de vieja madera y después busqué la cocina. Abrí las espitas del gas y volví al pasillo.

—Vas a morir como ella, Morione —dije.

Y prendí fuego a los cortinajes, al cartón y al contenido de los cajones de los muebles.

Morione comenzó a chillar hasta desgañitarse.

Esperé a ver alzarse las llamas de la madera. Entonces me fui de allí, dejando a Morione aullando rodeado de llamas.

Caminé por la calle como un autómatas. No había tenido tiempo de alejarme mucho cuando sonó una sorda explosión y por encima de los árboles se elevó el rojo resplandor de la casa convertida en un volcán.

Pensé en Sally y maldije al cielo y al infierno.

Eso no me sirvió de nada, claro.

CAPÍTULO XI

El experto contable que el abogado me había facilitado levantó la cabeza de los libracos, de la calculadora y del revoltijo de papeles que tenía esparcidos por encima de la mesa.

—Oiga —masculló—, esto es un trabajo endiablado. ¿Por qué no lo dejamos para mañana? Llevamos aquí desde las ocho y...

—No —le interrumpí—. Quiero encontrar el fallo.

—¿Y si no lo hay?

—Entonces buscaré por otro camino.

Suspiró. Llamé a la secretaria y le pedí que nos trajera más café.

Habíamos comido en el despacho. El perito contable había empezado su trabajo a las ocho de la mañana y eran casi las seis de la tarde.

Pero yo quería saber. Quería descubrir lo que Clive había descubierto para saber quién era el que estaba timándole los cuartos, así que continuamos allí, él sacando humo de la cabeza y yo del cigarrillo.

La secretaria dijo:

—Se han ido todos, señor Bannister.

—No se preocupe, necesito que se quede usted. Le aumentaré el sueldo después de eso.

—Es una gran noticia.

Se fue murmurando por lo bajo.

Desde el ventanal podía contemplar una hermosa panorámica del distrito comercial de Los Ángeles. Era una guarida en la que se ocultaba un perro rabioso al que yo quería cazar.

El teléfono sonó y oí la voz de Cindy.

—¿Aún no terminaste? —indagó.

—Todavía no. ¿Dónde estás?

—En tu casa.

—¿Dónde?

Pensé que se refería al hotel y sentí un escalofrío.

Pero dijo:

—En Hollywood Hills.

—¿Qué demontre haces ahí?

—Pensé darte una sorpresa cuando llegaras, pero no pude esperar más. Necesitaba oír tu voz, Grant.

—Ésa es una gran cosa.

—Debes venir cuanto antes —dijo, pasando por alto mi sarcasmo.

—¿Por qué?

—¿No soy yo suficiente razón?

Lo era, claro que sí. Pero yo llevaba demasiado veneno en la sangre aún.

Pensaba en Sally, en su atroz manera de morir; en lo que había sucedido en aquella maldita casa, en la demencia mortal que me había asaltado allí... Pensaba en demasiadas cosas.

Ante mi silencio ella añadió:

—Además, están los perros, Grant.

—¿Perros?

—El jardinero los soltó esta tarde. Estaban como locos... deben extrañar la ausencia de Clive. Tuvo mucho trabajo para volver a encerrarlos en el cercado.

—¿Y me lo cuentas a mí?

—A ti te obedecerán, estoy segura. ¿Cuándo vendrás?

—No lo sé, depende del trabajo. Del trabajo que alguien está haciendo aquí.

—¿Te importa que te espere?

—Estaré encantado de que lo hagas.

Colgué, pensativo.

El contable gruñó:

—Esto no cuadra.

—¿Qué?

—Alguien estuvo haciendo juegos de manos con estos libros.

—¡Al fin! Estaba seguro de que lo descubriría usted.

—Pero necesito tiempo... horas tal vez antes de aclarar dónde radica el desfalco.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Me miró de mala manera, pero después volvió a hundir la nariz

en los libracos y me dejó en paz.

A las ocho y media se echó atrás. Estaba agotado y pensé que delante de sus ojos debía ver bailar ristras de números y páginas de contabilidad.

Para entonces, la secretaria nos había traído café dos veces más, la última acompañando unos emparedados.

—¿Ya? —dije con un gruñido.

—Sí... creo que sí.

—Ajá.

—El que hizo esto es un tipo muy vivo, señor Bannister.

—¿Tan vivo que pueda quedar en la impunidad?

—Eso no. Quien quiera que haya manejado esta contabilidad es el autor del trabajo.

—Adelante. ¿Cómo lo hizo?

—Con los valores.

—Más claro. Olvida usted que no entiendo una maldita palabra de estos líos contables.

—«Desvió» una gran parte de los valores negociables del señor Malloy a otras cuentas.

—¿Qué cuentas?

—Imagino que las suyas. Aquí parece que los valores salieron para compensar las salidas de liquidez de una compañía de transportes, pero en las cuentas de ésta no hay tales salidas de liquidez ni nada parecido. En realidad, es una compañía que está rindiendo buenos beneficios.

—Ya veo... por eso querían arrebatárle esa compañía... Ahora sería una gran cosa que pudiera usted decirme quién hizo ese juego de manos.

—Sólo pudo hacerlo el contable que lleva estos libros. Usted debe saber quién es.

—Claro... se llama Sebring, director general de la División de Contabilidad. Suena pomposo, ¿no le parece?

—A mí no me parece nada —gruñó—. Todo lo que yo quiero ahora es largarme a casa y dormir dos días seguidos. Prestaré testimonio como jurado de cuentas cuando ese individuo sea acusado.

Estuve a punto de decirle que eso no iba a ser siquiera necesario. Nadie juzgaría a Sebring porque yo ya lo había sentenciado.

Dejé marchar al contable y a la secretaria. En el edificio sólo quedamos el vigilante nocturno y yo.

Al quedar solo saqué la pistola que perteneciera al pistolero tuberculoso. Quedaban cuatro cartuchos en ella, tres en el cargador y uno en la recámara.

Me despedí del vigilante y me fui a cumplir mi trabajo de verdugo.

Me abrió la puerta y se quedó mirándome con ojos asombrados.

—Quiero hablarle, Sebring —dije, entrando sin esperar que me autorizara—. Pensé que estaría levantado todavía.

—Es muy tarde, señor Bannister... Pero no importa. ¿Quiere beber algo, *whisky* quizá?

—No, gracias.

Llevaba un pantalón oscuro y una camisa con el cuello desabrochado. La corbata le colgaba, floja, sobre su escuálido pecho.

—¿Vive usted solo, Sebring?

—Éste... Sí, estoy separado de mi mujer hace tiempo.

—Entendido.

Me quedé viendo sus esfuerzos por controlar los nervios que estaban a punto de traicionarle. Al mirar en torno comencé a advertir algunos detalles reveladores.

—¿He interrumpido algún trabajo que estuviera haciendo, Sebring?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Fue hacia una mesita y encendió un cigarrillo con dedos que temblaban.

Estaba de espaldas a mí cuando le solté:

—Dígame, ¿cómo se apoderó de la pistola de Clive para volarle la cabeza?

Vi ponerse rígida su espalda. Por un fugaz instante se quedó tan quieto como si hubiera dejado hasta de respirar. Luego se volvió poco a poco, lívido, los ojos tan desorbitados como si fueran a caerle de la cara.

—Quisiera no haberle entendido —farfulló—. Eso es una monstruosidad.

—Es inútil que haga teatro. Hemos descubierto su truco de la venta de valores. De la venta por su cuenta, quiero decir, y sabiendo

ya que alguien intentaba apoderarse de la compañía de transportes de Clive la cosa está más clara que la luz.

—No sé nada de lo que está hablando... debe haber un error, una equivocación... Siempre fui fiel al señor Malloy.

—Seguro, tan fiel que incluso le evitó el trabajo de seguir viviendo. Guíeme a su dormitorio, bastardo.

Se atragantó con el humo.

—¿Pa... para qué?

—¡Andando!

Le di un empujón y trastabilló.

Sobre la cama había dos grandes maletas a medio llenar.

—¿Se iba de viaje, Sebring?

—No, yo... Bueno, en realidad...

—Ya le dije que es inútil que represente una comedia de esta clase conmigo. Usted asesinó a Clive y ahora va a pagarlo.

Le enseñé la pistola como al desgaire. Se puso verde y el cigarrillo se desprendió de su boca abierta, cayendo sobre la alfombra que empezó a chamuscarse.

Miró en torno, hasta convencerse de que no tenía escapatoria. Casi pude captar el instante en que tomó una resolución.

—Está bien —jadeó—, usted lo ha descubierto... pero no tiene una maldita prueba de nada. Podré demostrar que esos valores fueron negociados por orden del señor Malloy... ¡Lo demostraré!

—Olvida algo, amigo. Olvida que no voy a llevarle ante un tribunal, sino que voy a volarle los sesos del mismo modo que usted se los voló a Clive.

Se dejó caer sentado sobre la cama, al lado de una de las maletas. El terror le desbordaba y yo sabía lo que se disponía a hacer casi con tanta seguridad como si lo llevara escrito en la mirada.

Se removió. Hizo cuanto pudo para que no viera su mano cuando la hundió en la maleta, como si fuera un gesto nervioso.

De modo que cuando sacó el revólver todo lo que tuve que hacer fue apretar el gatillo y la bala le tiró de espaldas sobre la cama. Dio una vuelta completa sobre sí mismo y cayó a la alfombra, aún sujetando el pequeño revólver niquelado.

—No estás muerto aún, hijo de perra —dije, apuntándole a la cara—. Aunque vas a estarlo muy pronto.

La sangre teñía la camisa, por encima de su cinturón.

Boqueó lleno de dolor, inundado de pánico.

Cuando encontró voz balbuceó:

—¡Ayúdeme... se lo diré todo si... si llama a un médico!

—Sé todo lo que puedas decirme. No hay ningún médico que pueda salvarte, Sebring. Yo se lo debía todo a Clive, era el único amigo que he tenido jamás. ¿Entiendes por qué tienes que morir?

—¡Pero usted... no... no sabe...!

—Olvidalo.

—¡Yo no hice todo eso solo!

Eso me interesó.

—Continúa.

—¡Un médico!

—Cuando hayas hablado.

—Fuimos él y yo en el coche, cuando disparamos contra usted creyendo que... que era contra Malloy...

—Eso explica el fallo. No naciste para pistolero. ¿Quién es el otro?

—¿Llamará... al médico?

—¡Acaba, maldito seas!

Volvió a boquear. El plomo le ardía en las tripas y él estaba enroscado como un gusano, jadeante, muriéndose a chorros a pesar de que conservara la esperanza de vivir.

Entonces dijo el nombre.

Fue como si explotara una bengala en mi cerebro.

El revólver había caído de sus dedos sin fuerza. El me miraba suplicante, esperando que ahora que lo sabía todo llamara a un médico.

Fui hacia el teléfono que había sobre la mesita. Le oí sollozar detrás de mí.

Agarré el cable y de un tirón lo arranqué de la pared.

—Espero que tardes un rato en morir, Sebring.

—¡No...! Usted dijo...

Le dejé lloriqueando, muriéndose, y recorrí toda la casa. Había dos aparatos más, uno en el *living* y otro en un estudio. Los arranqué también a fin de que quedara incomunicado. Fui a dar un último vistazo a sus boqueadas, a escuchar su agonía.

Después le dejé allí y me largué, sintiéndome vacío, amargado y

sucio.

Entré en una cabina telefónica y llamé a la casa de Hollywood Hills.

Cuando oí la voz de Cindy dije:

—Lo siento, querida, pero no puedo ir a la casa esta noche... Sin embargo, me gustaría mucho verte.

—Oh, Grant...

—Estoy en mi hotel.

Hubo un breve silencio. Luego dijo:

—Iré ahora mismo. Espérame.

Y colgó.

Llamé un taxi, y sintiendo revolverse todos los demonios del infierno dentro de mí le di la dirección de la residencia de Hollywood Hills.

CAPÍTULO XII

El ama de llaves hizo cuanto pudo por estar a la altura de las circunstancias. Charlamos unos minutos y después se fue a dormir, dejándome solo en la gran sala.

Esperé aún. Luego llamé por teléfono, y la voz de Paul Welcome resonó, clara, en mi oído.

—Aquí Grant, Paul.

—¡Muchacho! ¿Cómo te sientes después de llegar a la riqueza?

—Así que ya lo sabes...

—Naturalmente. Charlé con Cindy esta tarde, por teléfono.

—Ya veo. Necesito verte, Paul, hay algo muy importante que necesitas saber.

—¿Respecto a qué?

—Al hijo de perra que estafó a Clive.

Soltó un juramento.

—¿De qué estás hablando?

—Ya te contaré. Necesito tu ayuda.

—De acuerdo, Grant, cuenta conmigo. ¿Dónde estás?

—En casa de Clive.

—De modo que ya te has instalado ahí, ¿eh?

—No tenía otro lugar a donde ir. ¿Cuánto crees que tardarás?

—No más de media hora.

—Muy bien, muchacho, date prisa.

Colgué.

Que se diera prisa, mucha prisa antes de que empezara a reflexionar.

Salí a la oscuridad del jardín. Encendí algunas luces aquí y allí, sólo para que se viera el camino desde la gran verja.

Ésta se abría mediante un mecanismo electrónico. Podía abrirse por completo, para que pasaran los coches, o sólo una parte de ella, para entrar y salir a pie. Probé ambos mecanismos y luego volví a

cerrarla.

Me fui hacia donde se oían los gruñidos de los dos enormes perros y me quedé mirándoles a través de la malla metálica.

—Tranquilos, pareja de demonios. Tranquilos...

Olisquearon mis manos. Yo no estaba muy seguro de que no pensarán arrancármelas de un mordisco, así que les deje que las husmearan un rato sin acercarlas demasiado a la tela metálica.

Pareció que lo tomaban con calma y di el siguiente paso. Si fallaba alguien debería recoger mis pedazos con una pala.

Abrí la puerta y los dos animales saltaron fuera como impulsados por un resorte. El más grande parecía un caballo y dio una vuelta completa a mi alrededor, saltando y gruñendo.

El otro se quedó quieto, agazapado, mirándome con sus ojos rojizos como el infierno.

Sentí que se me ponían los pelos de punta. Si ese maldito animal saltaba sobre mí...

Al fin dejó escapar un sordo gruñido. La lengua le colgaba por un lado de sus tremendas fauces erizadas de colmillos. Acabó acercándose y frotó el hocico contra mis pantalones.

Eché a andar con las piernas temblándome. Me siguieron como lo hicieran con Clive la otra noche, saltando, corriendo y regresando a mi lado.

Así nos paseamos por el parque un buen rato. De vez en cuando podía acariciarles las recortadas orejas y eso parecía gustarles, aunque no me demostraban tanto afecto como a su antiguo amo.

Claro que eso era cuestión de tiempo... si antes no decidían merendarse una de mis piernas.

Consulté el reloj una vez más y me encaminé a la casa. Los perros se detuvieron al pie de los escalones del porche y desde allí se quedaron mirándome mientras entraba y cerraba la puerta.

Cuando atisé por la ventana del vestíbulo ya no pude ver ni rastro de los perros.

En la salita me serví un *whisky* y esperé. Diez minutos más tarde sonó el zumbador de la entrada.

Sentí cómo el corazón golpeaba contra mis costillas igual que un martillo. Titubeé unos segundos, con la mano suspendida sobre los mecanismos que abrían la verja.

Luego, bruscamente, accioné el que dejaba libre el paso

estrecho. Por él sólo podía entrarse a pie.

Esperé con la mirada clavada en el panel de control. Se había encendido un diminuto bulbo rojo, la señal de que la puerta estaba abierta. Luego, de pronto, se apagó.

Regresé al saloncito conteniendo el aliento. Durante casi un minuto reinó un absoluto silencio allá fuera, sólo roto por el susurro del viento entre el follaje.

Después...

Después se desató el infierno. Oí el salvaje gruñido de los perros, los alaridos de alguien, el nauseabundo chasquido de los colmillos, y nuevos bramidos de espanto y dolor, y el sordo trueno de los gruñidos, y luego más gritos apenas audibles; sonidos que ponían los pelos de punta y hacían que mi estómago saltara hacia arriba como si quisiera salirme por la garganta...

El alboroto duró una eternidad, pero los perros tenían derecho a matar a quien les había arrebatado a su amo. Tenían derecho a ejercer la salvaje justicia que acababa con la sucia traición de alguien que fingió afecto y amistad... pero que conspiró y mató, y que estaba dispuesto a seguir conspirando y matando para, en complicidad con Sebring, quedarse con los negocios de Clive y con mi pellejo por añadidura.

Calmar a los perros ya fue otra historia.

Como lo fue calmar luego a la policía, claro. Pero para entonces yo ya no era sólo un expresidiario, sino un magnate de las finanzas, con los mejores abogados de la ciudad, con dinero, con poder y con seguras influencias cuando llegara la época de las elecciones.

No resultó demasiado difícil apaciguarlos.

Entre unas cosas y otras, amanecía cuando pude llegar a mi cochambroso hotel.

Quedamos mirándonos un instante, sin hablar. Después, yo cerré la puerta y Cindy vino hacia mí tal como me había esperado: Desnuda.

Nos besamos largamente, Ella susurró dentro de mi boca:

—Te quiero... Por favor, Grant, ámame dulcemente... es la primera vez.

No podía creerlo, pero una extraña ternura me invadió.

De cualquier modo, pude encadenar a los demonios del deseo y la amargura, de la frustración y el rencor, y levantándola en brazos

me encaminé al lecho como si fletara en una nube.

No sé si la amé dulcemente o cómo la amé. De cualquier modo la delicia duró el resto del día, y el fuego en la sangre mucho más.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

